

En colaboración con

FAMILIA Y VIDA PRIVADA

¿Transformaciones, tensiones, resistencias
y nuevos sentidos?

Teresa Valdés E.
Ximena Valdés S.
(Editoras)

FLACSO-Chile

CEDEM

UNFPA

Familia y vida privada. ¿Transformaciones, tensiones, resistencias y nuevos sentidos?

Las opiniones que se presentan en este trabajo, así como los análisis e interpretaciones que en él se contienen, son de responsabilidad exclusiva de sus autores y no reflejan necesariamente los puntos de vista de FLACSO ni de las instituciones a las cuales se encuentran vinculados.

Esta publicación es uno de los resultados de las actividades desarrolladas, en el ámbito de la investigación y la difusión, por el Área de Estudios de Género de FLACSO-Chile. Estas actividades se realizan con el apoyo de diversas fundaciones, organismos internacionales, agencias de cooperación y gobiernos de la región y fuera de ella.

Ninguna parte de este libro/documento, incluido el diseño de portada, puede ser reproducida, transmitida o almacenada de manera alguna ni por algún medio, ya sea electrónico, mecánico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin autorización de FLACSO.

342 Valdés E., Teresa; Valdés S., Ximena. Eds.
V145 FLACSO-Chile/CEDEM/UNFPA.
Familia y vida privada. ¿Transformaciones,
tensiones, resistencias y nuevos sentidos. Santiago,
Chile: FLACSO, 2005.
345 p. Serie Libros FLACSO-Chile.
ISBN: 956-205-202-8

FAMILIA; EXILIO; SEXUALIDAD; RELACIONES DE PAREJA; RELACIONES FAMILIARES; HOMOSEXUALIDAD; CHILE; PERÚ; MÉXICO; ARGENTINA; AMÉRICA LATINA

Inscripción N°146.918. Prohibida su reproducción.

© 2005, Teresa Valdés E., Ximena Valdés S., FLACSO-Chile.
Av. Dag Hammarskjöld 3269, Vitacura.
Teléfonos: (562) 290 0200 Fax: (562) 290 0263
Casilla Electrónica: flacso@flacso.cl
FLACSO-Chile en Internet: <http://www.flacso.cl>

Diagramación interior: Marcela Contreras, FLACSO-Chile.
Diseño y Producción editorial: Marcela Zamorano, FLACSO-Chile.
Impresión: Lom Ediciones.

LIBRERÍA - LOM -

Fecha: 05 enero 2006

Categoría: _____

Procedencia: _____

Cantidad: _____

Nombre: Teresa Valdés

ÍNDICE

Presentación 5

Introducción

¿Transformaciones, tensiones y nuevos sentidos?

Valeria Ambrosio 9

PARTE I

FAMILIAS EN AMÉRICA LATINA

Transformaciones sociales y demográficas de las familias latinoamericanas

Irma Arriagada 17

La familia en la Argentina: modernidad, crisis económica y acción política

Elizabeth Jelin 41

Las transformaciones de la vida familiar en el México urbano contemporáneo

Brígida García y Orlandina de Oliveira 77

Identidades en tránsito: femineidad y masculinidad en el Perú actual

Norma Fuller 107

PARTE II

FAMILIAS EN CHILE

El impacto del exilio en la familia chilena

Loreto Rebolledo G. 133

Entre la reinención y la tradición selectiva: familia, conyugalidad,
parentalidad y sujeto en Santiago de Chile

*Ximena Valdés S., Pamela Caro, Rosa Saavedra, Carmen Gloria
Godoy, Tania Rioja y Emilie Raymond* 163

¿Donde está el nuevo padre? Trabajo doméstico: de la retórica a la práctica <i>José Olavarria</i>	215
Chile: Inserción laboral, tipo de relaciones familiares y calidad de vida. 2000 <i>Ricardo Infante</i>	251
Ideologema de la familia: género, vida privada y trabajo en Chile, 2000-2003 <i>Kemy Oyarzún</i>	277
¿Del deber al placer? Socialización en sexualidad en familias populares de Santiago <i>Teresa Valdés E.</i>	311
Familia y homosexualidad en Chile: notas sobre el secreto y el escándalo público <i>Gabriel Guajardo Soto</i>	339

ENTRE LA REINVENCIÓN Y LA TRADICIÓN SELECTIVA: FAMILIA, CONYUGALIDAD, PARENTALIDAD Y SUJETO EN SANTIAGO DE CHILE¹

Ximena Valdés S.²

Pamela Caro, Rosa Saavedra, Carmen Gloria Godoy, Tania Rioja, Emilie Raymond

INTRODUCCIÓN

La información que se ha ido recogiendo en la región metropolitana va develando que la familia experimenta una fuerte tensión entre la reinvencción y la tradición selectiva. Por una parte, tenemos el éxodo de las mujeres al trabajo y a la esfera pública, y por otra, un cada vez más constante asomo de los hombres a la casa y al mundo privado. Esta aparece como una realidad social que se construye con resistencias a dejar de lado lo conocido, pero también mediante un proceso de búsqueda de nuevos sentidos que implica nuevos desafíos en la vivencia del mundo privado. Proceso que hace visible la incorporación a la vida privada de las nociones de igualdad y libertad, conceptos que se encontraban legitimados hace más de dos siglos en la construcción del Estado-Nación.

Reinventar la vida privada supone un cierto rediseño de la familia (Beck-Gemshheim, 2003): el reacomodo de las jerarquías sexuales, las relaciones, las funciones al interior del grupo familiar, las cuales intentan una mayor sintonía con lo que ocurre en la sociedad. Como todo ensayo y tentativa por dejar atrás lo conocido, este tipo de búsqueda produce desorden (Roudinesco, 2002) e incertidumbre (Roussel, 1999) de la misma forma que deja un campo abierto a nuevas formas de vida que, sin contar con las certezas del pasado, buscan ser más equilibradas y satisfactorias, pero a la vez devienen más frágiles e inseguras (Comaille y Martin, 1998).

¹ Proyecto FONDECYT N° 1030150 (2003-2006) Investigadora Responsable: Ximena Valdés S., Coinvestigadoras: Pamela Caro y Rosa Saavedra. Tesistas nivel Maestría Universidad de Chile: Carmen Gloria Godoy, Tania Rioja, Emilie Raymond; Investigadora adjunta, Margarita Palacios.

² Geógrafa. Master y DEA Tercer Mundo Université Paris VII, Doctora en Estudios Americanos en la Universidad de Santiago de Chile, Mención Historia Social. Especialista en estudios de género, familia y trabajo. Directora del Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer, CEDEM.

La familia no está suspendida en el espacio y el tiempo. Es parte de la sociedad y cobija en su seno al sujeto, quien vive en ella su proceso de individualización. Tiene historia y esta misma historia nos da las claves para comprender que no es sólo hoy que la familia está cambiando, sino que siempre ha sufrido transformaciones vinculadas a las grandes mutaciones de la sociedad.

Uno de los aspectos más importantes de la historia de la transformación de la familia, es el paso de su carácter totalizante, al diseño cada vez más nítido de los intereses del individuo por sobre los intereses familiares (Perrot, 1988). Sabemos que tal cambio se produjo en un lapso de más de dos siglos, durante los cuales se fue erosionando la autoridad del padre³. La afirmación de las mujeres como sujetos autónomos y protagonistas de su propia historia, ha sido un proceso que ha llevado menor tiempo (Castells, 2000; Touraine, 1996).

Estos factores han contribuido a tender las bases de una cultura familiar de rasgos igualitarios y democráticos, o a lo menos, de discursos portadores de estos contenidos.

En otro nivel, entender que la familia es construida por la sociedad, y que por ende, en gran medida es fruto de la acción del Estado moderno (Bourdieu, 1999: 126 y ss), nos permite visualizar que los cambios en su interior están asociados a la metamorfosis sufrida por los sistemas de protección social en las últimas décadas (Castel, 1995). En este contexto, la propia familia busca mecanismos para habitar el presente, articulando los distintos intereses de sus componentes.

El desmantelamiento de los sistemas de protección social del Estado de Bienestar⁴ condujo a quebrantar las bases materiales del modelo que tanto esfuerzo puso en implantar, el cual se basaba en la afirmación de la *familia moder-*

³ Las limitaciones a la autoridad del padre en la familia preceden las luchas dadas por las mujeres en el mismo sentido. Tocqueville (1840) y Durkheim (1892) ya se referían a la limitación impuesta por el Estado moderno a la autoridad masculina en la familia. Durkheim destacó el papel que tuvo el Código Civil en su regulación. Para ambos autores, este tipo de limitaciones y regulaciones permitieron el reemplazo de las relaciones verticales por relaciones más horizontales en la familia. La autoridad que ejercía el padre en la familia como “magistrado” y “soberano” en el Antiguo Régimen, en que se gobernó a la sociedad a través del padre, se reemplazó por la ley estatal (Ver Delumeau y Roche (comp.), 2000: Roudinesco, 2002).

⁴ Con posterioridad a este proceso, que incubó el despegue de las mujeres de la tutela familiar, el Estado y los dispositivos de protección a la familia muestran una gradual metamorfosis orientada

no-industrial centrada en la función masculina de provisión económica y la función femenina de administración del hogar⁵.

Ciertamente, el debilitamiento del Estado de Bienestar ha tenido responsabilidad en la notoria pérdida de referentes que permitieron la existencia del “padre industrial”. Entre otros beneficios, la protección al trabajo, prestaciones familiares, inamovilidad laboral, etc. Las reformas en el campo jurídico actuaron en el mismo sentido⁶.

Paradójicamente, cuando este Estado se presenta más frágil y la vez menos protector y por lo tanto, el mercado de trabajo está menos regulado, este mismo Estado empieza a tender la mano a las mujeres, afirmándolas en sus procesos de independencia y autonomía a medida que se incorporan al mundo laboral.

Por otra parte, el niño que se afirma como sujeto en la Declaración de los Derechos del Niño, ha contribuido también a desplazar la figura del padre en la familia (Castelain-Meunier, 2002) sacándolo de ese lugar central que ocupó en el siglo XX.

Este conjunto de factores ha contribuido a la emergencia de un nuevo modelo de familia en reemplazo de la *familia moderno-industrial* (Goody, 2001). El *modelo relacional*⁷ o *confluyente* (Giddens, 1995)⁸ que emerge en la sociedad post-industrial supone la democratización de las relaciones familiares (Comaille

a situar a la familia como centro de la conformación del lazo social y la provisión de servicios en la medida que la acción del Estado se debilita y de manera paralela también se devalúa el trabajo como modo de integración social estable (Castel, 1995).

⁵ Para el caso chileno véase Karin Roseblatt (2000).

⁶ Véase Nota 7.

⁷ La noción de familia “relacional” fue desarrollada por François de Singly. Corresponde al modelo de familia contemporánea en que la lógica de los sentimientos, las relaciones afectivas priman por sobre los imperativos de las normas. Este modelo de familia reemplazó a la familia tradicional fundada en imperativos económicos e institucionales y en una relación jerárquica entre sus miembros. (De Singly, 1996, 2000; Dortier, 2002: 1-7).

⁸ Para Giddens, el cambio en uno de los elementos fundantes de la familia moderna, el amor, se traduce en el reemplazo de la concepción romántica por un amor de tipo confluyente. El amor confluyente es contingente y activo y elimina la noción de “*para siempre*”, “*sólo y único*” propias del complejo del amor romántico. Sostiene que en la época actual, los ideales del amor romántico tienden a fragmentarse frente a la emancipación sexual femenina, responsable de la democratización de la vida privada. Este tipo de relación confluyente tiene como base el atributo de la autonomía, consistente en la realización del proyecto reflexivo del yo personal, condición para relacionarse con los demás en forma igualitaria. Sobre el fenómeno de democratización de la vida privada véase también Comaille y Martin, 1998.

y Martin, 1998)⁹, lo que consiste en una diversidad de formas de familia y de relaciones entre sus miembros como evidencia de la transición que inaugura un mundo privado distinto al que dominó al siglo XX (Castelain-Meunier, 2002).

Conjugar este haz de situaciones complejas hace de la familia un campo de renovado interés académico y político que exige *poner en relación al individuo con la sociedad que habita, al individuo consigo mismo, así como a las relaciones entre géneros y generaciones*.

HISTORIA RECIENTE Y FAMILIA EN EL PRESENTE

En Chile, el modelo de familia *moderno-industrial* de la sociedad salarial protegida por el Estado de Bienestar (Rosemblat, 2000) fue perdiendo su soporte institucional y material desde hace más de tres décadas. El “padre industrial” comenzó a enfrentarse con la pérdida de sus referentes a partir del momento en que el modelo neoliberal comenzó a tener consecuencias en el mundo privado. Se devaluó, flexibilizó y precarizó el trabajo y la inseguridad se instaló socavando la figura del proveedor. Por otra parte, su autoridad jurídica en la familia se limitó debido al cambio en los cuerpos legales¹⁰. De la misma forma, la madre hogareña y dedicada al hogar, la crianza y la familia, ha tendido a repartirse entre dos espacios¹¹: la familia y el mundo del trabajo. La desvinculación de las mujeres a identidades sólo centradas en la maternidad, ha obedecido al fuerte golpe asestado al mundo del trabajo masculino, como también a una multiplicidad de factores dentro de los cuales cobran relevancia los pasos que han dado las propias mujeres por construir un nuevo lugar en la sociedad. Desde hace algunos años, el Estado ha intentado acompañar este proceso.

⁹ Comaille y Martin sostienen que la democratización de la vida privada supone un proceso de individuación que, trasladado a la familia, implica que ésta ya no se sostiene en su carácter de institución, sino a partir de los individuos que la conforman y de las leyes propias de cada uno para constituirla, mantenerla o disolverla. En consecuencia, la existencia de la familia y su destino dependerían sólo de las aspiraciones y las elecciones de los individuos. Pág. 45.

¹⁰ Como resultado de las reformas jurídicas recientes: ley de violencia intrafamiliar, la nueva ley de filiación, el régimen matrimonial de gananciales, y el cambio en la potestad marital, fruto en buena medida del carácter vinculante de las Convenciones Internacionales, CEDAW y Convención sobre los Derechos del niño (Véase Veloso, 1998).

¹¹ Sólo el 40% de las familias dependen del salario masculino y femenino (Infante, 2004).

Podemos decir, que en comparación con el período 1930-1970, la familia en el Chile de hoy, se encuentra en un *proceso de des-institucionalización*, el cual aparece reforzado a partir de la década de los ochenta. Período durante el cual disminuyen las tasa de nupcialidad y aumentan las separaciones conyugales y las nulidades matrimoniales. Más aún, en este período aumentan fuertemente las convivencias. Todos estos hechos tienen como efecto que al menos la mitad de los hijos nazca fuera del matrimonio. En este mismo período se produce una tendencia a la nuclearización de la familia, la cual venía dibujándose desde hace varias décadas, dando lugar a la *diversificación de las formas familiares*¹². Sin embargo en la actualidad cobra mayor relevancia que el proceso de nuclearización de la sociedad salarial, el incremento de las familias matricentradas –extensas y nucleares– y de los hogares unipersonales.

Nuestras sociedades se inscriben en el mundo occidental y a veces siguen sus pasos, pero normalmente muestran formas originales para enfrentar los cambios.

Que la *familia institución sancionada por el matrimonio muestre un cierta señal de retirada y que las formas familiares se diversifiquen* no significa necesariamente que este proceso haya dado lugar a nuevas fórmulas de vida en común. Sabemos del incremento de un tipo de familia en que se ha desplazado la provisión económica del padre a la madre (por la existencia de más de un tercio de hogares matricentrados) y sabemos que no todas las uniones son heterosexuales.

Pero también sabemos (PNUD, 2002) que la familia chilena, en una proporción minoritaria, se ubica en un *imaginario correspondiente a los rasgos de la familia relacional post-industrial (17%)*¹³, mientras que la gran mayoría de la población tiene un *imaginario de familia normativa (43%)* y

¹² Entre 1930 y 1970, entre el período de Estado Asistencial y el Estado de Bienestar, lo que encontramos es un fenómeno de homogenización de formas familiares y de institucionalización de la familia en el matrimonio, a tal grado que los hijos ilegítimos disminuyeron entre 1930 y 1960 desde el 30% al 16%. Entre 1992 y el 2002 disminuyó el número de casados del 66,6% al 58,1%, los convivientes aumentaron del 6,2% al 9,7%, los solteros del 10,8% al 14,2% y los separados/anulados desde el 6,4% al 8,1% (Verónica Gubbins et al., 2003: 191-249). Además se observó una disminución de los hogares nucleares biparentales del 50% al 47% del total, el aumento de los hogares nucleares monoparentales del 9% al 10% y el aumento de los hogares unipersonales desde el 8% al 12% (INE/SERNAM, 2004: 16).

¹³ Según el PNUD, el imaginario relacional de familia se presenta asociado a alto capital cultural, orientaciones democráticas, secularización y distanciamiento de la religión.

abnegada (26%), lo que traduciría una fuerte *gravitación de la herencia del modelo de familia legado por la sociedad salarial*. Sabemos, además, que los chilenos otorgan en términos prácticos y simbólicos un *lugar central a la familia* y que existen grandes *obstáculos a los procesos de individualización*. Sin embargo y a pesar de que para la mayoría de los chilenos es la familia la que define sus identidades, el 60% de ellos opina que la familia está en crisis o que, en su forma actual, es una fuente de problemas, lo que invita a interrogarse sobre las consecuencias que podría tener para la sociedad y las personas cuando el principal referente de sus vidas tambalea (Ibidem: 204-212).

Desde el punto de vista de las percepciones que tienen las mujeres, se nos muestra una sociedad que se adapta a los cambios de manera práctica –podría decirse pragmática– sin que ello necesariamente signifique que sea el resultado de cambios culturales significativos. Se preservan importantes bolsones de conservadurismo, no sólo en las clases populares, más distantes de las consecuencias acarreadas por la modernización, sino también, en los sectores con alto capital económico y cultural¹⁴.

Si el modo de enfrentar la modernización, la modernidad y la globalización consiste en la *fractura de un modo de ser conservador* que incorpora sólo ciertos atributos de estos procesos, estaríamos más bien frente a lo que un autor llamó “*tradición selectiva*”¹⁵. Como tal entendió al mecanismo a través del cual se preservan o reinterpretan prácticas y significaciones que se daban en el pasado, mientras otras se omiten o excluyen. Esto no debiera sorprendernos, si pensamos que, ya en la década del sesenta, los Mattelart concluyeron que las mujeres chilenas habían incorporado la modernización, pero no todas sus consecuencias (Mattelart y Mattelart, 1968). Dos elementos podrían explicar esta resistencia a abandonar el tradicionalismo y el fuerte familismo que prevalece: la permanencia

¹⁴ Tal rasgo fue interpretado como “liberalismo práctico y conservadurismo fracturado” (Martínez y Palacios, 2001).

¹⁵ Richard Williams llamó tradición selectiva a aquel proceso que ocurre a nivel de la historia de las prácticas que “en el contexto de una cultura dominante se hace pasar por ‘la tradición’”, por “el pasado importante” pero de lo que se trata es más bien de la selectividad, es decir, la manera donde de todo un dominio del pasado, ciertas significaciones, ciertas prácticas son elegidas y acentuadas, mientras otras son omitidas y excluidas. En un nivel todavía más decisivo, algunas de estas significaciones y prácticas son reinterpretadas, diluidas o presentadas bajo formas que soportan, o a lo menos no contradicen, otros elementos que se encuentran en el seno de la cultura dominante en vigor”. R. Williams (1977) *Marxism and Literature*, citado por Eleni Varikas (1989).

mayoritaria de las *mujeres en la casa* (60%) y de un segmento importante de la población activa en el *empleo doméstico* (15%). Ambos factores podrían frenar los cambios. A esto se podría agregar que los *discursos morales de raíz religiosa, bastante gravitantes en el campo político*, continúan marcando a la sociedad chilena y con mayor fuerza que en los años sesenta (Grau, 1997).

Sin embargo, la existencia de distintos capitales económicos, educativos o culturales podría dar lugar a distintas formas de construir la familia, en el marco de una diversidad de ensayos para encarar, tanto las transformaciones de la sociedad, como aquellas que conciernen al individuo, en un contexto de constreñimientos económicos en una proporción significativa de la población y de arraigos culturales que limitan las posibilidades de modificar los patrones tradicionales de familia.

LO QUE NOS PROPUSIMOS ESTUDIAR

Nuestra investigación se propuso indagar en el tipo de modelos familiares que existen en distintos grupos sociales con el objeto de saber si la exposición de la sociedad chilena a los procesos de globalización, modernización y modernidad han producido cambios en la familia. Intenta comprender cómo enfrentan y modelan la vida privada las personas de distintos medios sociales, ante la pérdida de las certezas con respecto a las generaciones pasadas. Para estos efectos se analizó cuatro dimensiones: *representaciones sobre la familia, la conyugalidad, la parentalidad y el sujeto*.

Aplicamos tres instrumentos: una encuesta no proporcional a 200 mujeres de distintos grupos socio-económicos; realizamos 7 grupos de discusión entre personas portadoras de distintas ideologías, tipos de familia (liberales/conservadoras/casados/separados-recompuestos/gays y lesbianas en pareja, clase media y alta y en la clase baja, empleos formales y precarios) y, cerca de 50 entrevistas a parejas y a separados de ambos sexos provenientes de grupos altos, medios y bajos, cuyas edades fluctuaban entre los 25 y los 45 años, con hijos/as.

Los resultados que se incorporan aquí, corresponden fundamentalmente al análisis preliminar de las entrevistas, incluyendo sólo algunos aspectos de los grupos de discusión y la encuesta cuyo análisis será entregado en otra publicación.

LOS QUE MIRAN HACIA FUERA, LOS QUE BUSCAN UN LUGAR Y LOS QUE LLEGAN: CARACTERÍSTICAS POR CLASE SOCIAL DE LOS ENTREVISTADOS

Las personas entrevistadas muestran cómo, a través del lugar de residencia, se inscriben en la ciudad. Sus trayectorias y la de sus padres están marcadas por el tiempo en que han permanecido en Santiago y la localización que hoy tienen en la urbe.

Al clasificar tentativamente los casos por capital económico (ingresos) y cultural (educación)¹⁶, nos encontramos con que la clase alta y media superior *ha estado largo tiempo habitando las mismas comunas y barrios* con ligeros cambios desde la zona oriente pre-cordillerana hacia la nueva zona norte residencial, es decir *a lo largo de las generaciones han permanecido en el mismo lugar*¹⁷ buscando a veces la generación más joven habitar zonas que les ofrecen espacios más amplios, alejados del stress, la contaminación y las formas de vida que

¹⁶ En la *clase alta y media superior* los ingresos por hogar van desde los \$ 3.000.000 hasta los \$ 6.500.000. Entre los separados los ingresos personales van desde \$ 1.800.000 a cerca de \$ 2.000.000 (uno de los separados es un padre que vive con sus tres hijos). Los ingresos más altos corresponden a los dos hogares en que las mujeres, ambas profesionales, no trabajan y hay un caso que corresponde a una familia recompuesta con dos hijos del esposo de una primera unión. Casi todos los entrevistados estudiaron en colegios particulares, de élite, colonias o congregaciones religiosas extranjeras, religiosos tradicionales—de monjas ellas y de curas ellos— como también lo hicieron la mayoría de sus padres y madres. Un solo caso escapa a esta lógica (hija de militar en colegios públicos por traslados del padre). El capital escolar es una dimensión significativa de diferenciación de este grupo y la prioridad dada al lugar donde estudian sus hijos sigue la misma línea observada en la generación de los abuelos que se reproduce en los padres. En ellos se hace visible la búsqueda por preservar en la educación el principal elemento para permanecer en esa clase social, para construir redes sociales y para asegurar el futuro profesional de los hijos. En varios de estos casos, los estudios superiores se prolongaron en Masters, MBA y Diplomados de Especialización, lo que incidió positivamente en los ingresos que perciben y los cargos que ocupan. Pese a ello, y a veces con mayores estudios de Post-grado, las mujeres tienen ingresos inferiores y cargos de menor responsabilidad que los hombres a iguales o incluso niveles educacionales más altos. Sin embargo, las diferencias salariales entre hombres y mujeres mayoritariamente obedecen al tipo de profesión femenina orientada a la educación y a lo social, mientras aquellas de los hombres se vinculan a la producción, gestión de empresas, profesiones liberales, campo universitario, etc.

¹⁷ Viven en las comunas de La Reina, Lo Barnechea, Las Condes, Huechuraba y Colina en casas o departamentos propios, amplios, en barrios exclusivos, y en uno de los casos en una parcela en Colina. A diferencia de la clase media, en que se encontró más movilidad geográfica entre generaciones, con cambio en las comunas de residencia, las familias de origen de este grupo vive en las mismas comunas, a lo que se agrega Vitacura, Valdivia y Viña del Mar.

ofrece el corazón de la urbe. Se trata de barrios bien dotados en infraestructura, aquellos en que crecieron o aquellos más cercanos a estilos de vida “country” pero ciertamente protegidos, seguros y homogéneos.

Los entrevistados tienen altos niveles de estudio, son profesionales¹⁸ en *contacto con el mundo*. Han viajado, están plenamente informados y cuentan con amplio acceso a las comunicaciones. Algunos han vivido en el extranjero debido al exilio de sus padres, o porque han realizado post-gradados fuera del país. Entre ellos, algunos aspiran a repetir esta experiencia en orden a perfeccionar sus carreras profesionales.

Mientras en la clase alta y media superior se encontró una *repartición espacial más concentrada en ciertas comunas de Santiago*, la clase media tiene¹⁹ una *residencia más difusa* (la diferencia de ingresos es alta). La heterogeneidad residencial de este grupo se establece sobre la base de los *desplazamientos en la ciudad entre generaciones* y en ocasiones desde provincia a Santiago. Habitan tanto la zona oriente como el antiguo casco urbano, pero también barrios en la zona sur y poniente. Es común que los padres de los entrevistados provengan de comunas más populares, aunque también se encontró algunos casos que no mostraron movilidad espacial.

Dentro de este rasgo, de mayor movimiento en la ciudad entre la generación de los padres y de los hijos, se observó un par de tendencias contrapuestas. Una tendencia en las elecciones residenciales de la generación joven muestra un proceso de

¹⁸ En la mayoría de los casos los padres de los entrevistados de ambos sexos son profesionales o miembros de las Fuerzas Armadas: arquitectos, constructores civiles, ingenieros civiles, agrónomo, sociólogo, contador auditor, dentista, militar en el Ejército, Comandante de la FACH. Dos de los padres, además, tienen fundo y se dedican a explotarlos conjuntamente con sus profesiones o carreras militares, mientras las madres que trabajan son sociólogas, periodistas, dentistas, secretaria bilingüe, profesora, administradora pública. Sólo tres de las madres son dueñas de casa, lo que representa la proporción menor de madres dueñas de casa que la encontrada en los dos otros grupos sociales. Los entrevistados de ambos sexos son también profesionales: ingenieros, abogados, contador auditor, psicólogo, que han estudiado en la Universidad Católica y en la Universidad de Chile, mientras las mujeres son psicólogas, asistentes sociales, administradora pública, ingeniera comercial. Dos de estas mujeres profesionales han dejado de trabajar por la prioridad dada a la crianza de los hijos.

¹⁹ Los entrevistados que clasificamos preliminarmente como clase media cuentan con ingresos que van desde \$ 550.000 por hogar hasta \$ 2.800.000. Se distribuyen en las Comunas de Macul, Recoleta, Huechuraba, El Monte, Santiago Centro, Peñalolén, Lo Espejo, La Reina, Providencia y Colina.

“des-urbanización”, es decir la búsqueda por dejar la urbe para construir formas de vida más próximas a la vida del campo. Este habitar en parcelas y condominios sub-urbanos busca tanto un refugio frente a la vida citadina, como la construcción de nuevos estilos de vida. Hay quienes viven en condominios nuevos en Huechuraba, en medio de un vecindario homogéneo de profesionales jóvenes. Una tendencia contrapuesta es la *reocupación del antiguo casco urbano o la resignificación de la ciudad vieja*. Ocupar casas antiguas en antiguos barrios o lograr vivir en lugares densamente poblados y animados por la vida de la urbe, distingue frente a la homogenización urbana y rememora experiencias de vida en países visitados por los entrevistados. Junto a estas dos situaciones encontramos otra que corresponde a quienes tienen menores ingresos y niveles educacionales inferiores al resto. Viven en Comunas como Macul o Lo Espejo, se vinculan más al vecindario y los espacios públicos urbanos. Son familias relativamente abiertas a vivir afuera o a tener casas abiertas a los otros, con una cultura de la sociabilidad y de cultivo de la amistad que va más allá de la red de parientes.

Este grupo se caracteriza por la importancia que asignaron los padres a la educación superior de sus hijos e hijas²⁰. Si bien esto es semejante en la clase alta, su diferencia radica en que algunas madres y padres sólo cursaron hasta la educación básica o media e incorporaron un marcado proyecto de movilidad social anclado en la educación.

²⁰ Las familias de referencia corresponden tanto a padres profesionales en que ambos trabajan, como a padre profesional y madre dueña de casa y a empleados del sector público y privado o trabajadores independientes con niveles educacionales técnicos y de educación media completa e incompleta, ya sea con madres que trabajan o que son dueñas de casa. Las profesiones del padre se reparten entre médicos psiquiatras, constructor civil, abogado, profesor de matemáticas en educación secundaria, profesor de lingüística en educación superior, mientras que la de las madres corresponden a profesora de francés, médico, psicóloga, psico-pedagoga, profesora, diseñadora. Entre los padres empleados y trabajadores por cuenta propia, las actividades se reparten entre vendedor de vinos, funcionario municipal, chofer de camión, zapatero y fotógrafo, vendedor de maquinaria agrícola, comerciante de frutas, empresario mediano y pequeño, gáster. La mayoría de las madres en este grupo de menores ingresos y capital cultural son dueñas de casa, pero hay algunas que trabajan como peluqueras, secretarias y otras ocupaciones en el sector público. Los padres profesionales tienen hijos profesionales, pero también los padres con estudios técnicos y secundarios arriban a tener hijos profesionales. Entre los hombres entrevistados hay ingenieros civiles y medio-ambientales, médicos, diseñador, antropólogo, empresario, psicoterapeuta, músico, y entre las mujeres, administradoras públicas, escenógrafa y profesora de yoga, educadora de párvulos, enfermera universitaria, médico, antropólogas, secretaria con estudios técnicos y universitarios incompletos y una artesana sin educación superior.

Un elemento novedoso en la constitución de las familias de los entrevistados es la presencia de un cierto “multiculturalismo” que proviene, ya sea del viaje al extranjero a encontrar a la pareja fuera, o de uniones que incorporan la experiencia de exilio de un miembro de la pareja.

Si la clase alta y media superior tiende a no moverse y a *permanecer* en los lugares que habitan sus padres, *la clase media más bien se mueve en la ciudad* buscando nichos espaciales diferentes de los que crecieron, *la clase baja llega a poblar la ciudad* ya sea en la generación de los padres o en la generación joven.

Esta tendencia implica habitar la urbe trayendo tras de sí una experiencia de vida rural que corresponde a una cultura campesina. Hay quienes mantienen vínculos estrechos con sus familias de origen, que todavía habitan en provincia y en el campo. La clase baja vive en la antigua zona norte popular, la zona poniente o sur de la ciudad con distintos grados y tiempos en el establecimiento de la residencia. Trabajan como funcionarios públicos de la salud, en oficios vinculados al comercio ambulante, a servicios menores y al servicio doméstico.

La vida de la familia en distintas clases sociales está marcada de diferencias que no sólo se plasman en su ubicación en el espacio urbano, sino en los espacios hogareños, en cuanto a las dimensiones y la calidad de las viviendas, al entorno que las rodea, la infraestructura con que cuentan y el tipo de apoyo al que acceden.

La clase alta goza de acceso a *servicio doméstico* “puertas adentro” o “puertas afuera”, esto último, especialmente cuando han tenido experiencias en otros países y eligen privilegiar la intimidad por sobre el servicio personal. La clase media tiende a contratar servicio doméstico “puertas afuera” o por horas, pero también hay quienes no cuentan con este servicio. Se diferencia de la clase alta por combinar o sustituir el servicio doméstico con la cercanía y a veces *la presencia permanente de la abuela materna para el cuidado infantil*. En cambio, en la clase baja las estrategias reposan en formas de habitar que hacen posible la *cercanía de parientes, abuelas o suegras en el marco del vecindario o de la parentela extendida en el mismo sitio*. De no ser así y cuando lo amerita el muy reducido ingreso, los niños son enviados *al campo, a la casa materna*, para tenerlos cerca en las vacaciones escolares.

Un marcador clave de estas diferencias sociales es el *sistema escolar*. Los de mayor capital económico y cultural han asistido a establecimientos escolares pagados y de prestigio. Generalmente, el mismo colegio al que han asistido sus padres y abuelos. En cambio, los progenitores de la clase media y la generación joven, así como sus hijos, muestran mayor diversidad educacional: pública, subvencionada, privada. En la clase baja, en cambio, se va a la escuela pública y se aspira a que los hijos tengan mayores niveles educativos que los padres. Muchos de ellos apenas han cursado educación primaria, a veces son analfabetos; otros han llegado a tener estudios técnicos.

Existen diferencias en las *formas de unión* entre clases sociales. En la clase alta y media alta, se encontró una *tendencia general a institucionalizar la familia en el matrimonio civil bajo el régimen de separación de bienes, el que generalmente se acompaña por el matrimonio religioso* (que, dependiendo de las personas, puede tener un carácter ritual y social más que religioso). Una excepción la constituye una pareja, donde ambos habían anulado matrimonios anteriores, y que posteriormente se casó bajo el régimen de sociedad conyugal.

La clase media mostró una *diversidad de formas de unión, desde las convivencias hasta el matrimonio, pasando por todos los regímenes matrimoniales existentes: sociedad conyugal, separación de bienes y participación en las ganancias*. En cambio, en la clase baja, *los que se casan lo hacen bajo el régimen de sociedad conyugal. Los otros conviven en pareja o cohabitan con sus familias de origen (es el caso de las madres solteras)*.

En todas las clases sociales hay presencia de separación conyugal en la familia de origen y en la familia actual. Así como también hay madres y padres jefes de hogar sin pareja. La clase baja incluye madres solteras allegadas al hogar paterno. Las uniones son *homogámicas*, es decir se casan o conviven hombres y mujeres de iguales o semejantes niveles sociales y culturales.

DISTINTAS GRAMÁTICAS PARA DESIGNAR: IDENTIFICACIONES Y REPRESENTACIONES SOCIALES DE LA FAMILIA

El lugar y la importancia de la familia

Al realizar los siete grupos de discusión, en que participaron cerca de cincuenta personas, se produjo la siguiente información (Palacios, 2003).

El concepto “familia”, el cual supone el abandono (al menos parcialmente) de proyectos individuales, tiene un status indiscutible en el imaginario de los entrevistados, contando una sola excepción del estrato medio alto, abiertamente no religioso.

Particularmente, los hombres confiesan extrañar la casa materna, no sólo el confort, sino la seguridad y la incondicionalidad de la madre. Hay una idealización que se expresa con una extrema coherencia narrativa: “todo lo que sucede en la familia tiene sentido y es por algo”. La identidad del sujeto se construye fundamentalmente en el diálogo con la familia. Otras formas de subjetividad son criticadas y calificadas de individualistas. El apego a la noción tradicional de familia posiciona a los sujetos en una práctica de vida moderna que se expresa en mayor igualdad entre géneros y participación de la mujer en la vida pública.

La distancia entre el deber ser (buena madre o buen proveedor) y la vida real (madre trabajadora, padre no tan proveedor) genera una alta cuota de culpabilidad expresada en una cierta forma de fatalismo.

Las representaciones sobre la familia

Las representaciones sociales que se encuentran reflejadas en los distintos ámbitos sociales, nos confronta al vocabulario de las nociones asociadas al polo moderno y al polo tradicional en los diferentes grupos, donde las personas otorgan distintos significados a las mismas palabras.

Las representaciones que tienen las mujeres encuestadas²¹ sobre su familia actual²², muestran una significativa *proporción de respuestas que identifican a la*

²¹ Primero recurrimos a analizar una pregunta de la Encuesta realizada a mujeres, a fin de conocer las representaciones y orientaciones, sin que ello permitiera conocer los significados que daban a tales términos.

²² En la Encuesta se preguntó a 200 mujeres: “Si le pidieran definir a su familia, Ud. considera que su propia familia es más bien”.

familia actual como **democrática** (46,2%) , siendo más importante la definición **igualitaria** (58,2%). Hay una tendencia al destierro de las nociones opuestas de autoritarismo (15,3%) y más aún de machismo (12,5%)²³.

Estas respuestas nos situarían frente a representaciones correspondientes con una **cultura predominantemente igualitaria y relativamente democrática que es transversal a todos los grupos socio-económicos, algo menos democrática hacia niveles sociales inferiores por la pervivencia de grados mayores de machismo y autoritarismo.**

Sin embargo, al indagar sobre la pareja de opuestos **tradicional-moderno y conservador-liberal**, predominaron las *identificaciones neutrales*, aunque una parte importante de mujeres identificaron a su familia actual como *conservadora* (27,8%) y en un grado bastante menor como *liberal* (17,5%). Las representaciones correspondientes a la familia *tradicional* concentraron el 24,8% de las respuestas y las *modernas* el 30%²⁴.

Estas respuestas sugieren que las representaciones de las mujeres sobre su familia, en más de una cuarta parte corresponden a un grado importante de temor al cambio y a la innovación, mostrando apego al orden y a la estabilidad, con más cercanía a los lazos comunitarios que a los cambios de la sociedad y con una cierta nostalgia de los viejos tiempos. Menos de una quinta parte identifica a su familia en el polo liberal.

A. tradicional	1	2	3	4	5	Moderna
B. conservadora	1	2	3	4	5	Liberal
C. autoritaria	1	2	3	4	5	Democrática
D. Machista	1	2	3	4	5	Igualitaria

²³ A mayor nivel socioeconómico hay menor autoritarismo (6,5% GSE C1- 10% GSE C2), pero a menor nivel hay mayor democratismo (GSE C3 49,9% - GSE D 46,3%). El machismo aparece mejor representado en los estratos bajos -17% en el C3 y 9,5% en el GSE D- que en aquellos de mayores niveles de ingreso (6,5% en el C1 y 6% en el C2), en cambio, el igualitarismo está altamente representado en todos los estratos socioeconómicos con un 53,4% en el C1, un 58,3% en el C2, un 52,4% en el C3 y un 66,2%.

²⁴ La proporción de mujeres que definen a su familia como conservadora es mayor a menor nivel socio-económico (36,8%), pero igual ocurre con quienes la definen como liberal, es decir, hay una mayor proporción de mujeres de estratos bajos que la definen como liberal (21,3%) que de mujeres de estratos altos (10,9%). En el GSE C1 hay un 20,7% de mujeres que identifica a su familia como tradicional, una proporción bastante menor en el GSE C2 (12,1%), el 22,5% en el GSE C3 y el 31,6% en el D, mientras la definen como moderna en el orden inverso: el 38,2% del GSE D, el 27,6% del C3, el 17,3% del C2 y el 15% del C1.

El rasgo moderno, que abre la posibilidad de incorporar lo nuevo, está presente en poco menos de la tercera parte, mientras que lo tradicional, es decir los marcos de acción incuestionables que dan continuidad a las formas de vida del pasado, alcanza a más de la cuarta parte de las mujeres encuestadas.

Lo interesante es hacerse la pregunta de ***por qué las identificaciones neutrales priman al situarse ante las nociones tradicional-moderna y conservadora-liberal, mientras que está más generalizada la identificación con la familia democrática y sobre todo igualitaria.***

Rupturas y significados

La transmisión entre generaciones constituye un *lugar de paso entre los orígenes y la identidad que se construye*. Esto implica una labor de “des-pertenencia” o de reiteración voluntaria o involuntaria a una pertenencia. Dicho de otra forma, el pasado constituye un “campo de experiencia” y tiene sentido sólo cuando es incorporado en el trabajo de construcción de sí mismo. Al final, es el individuo el que decide sobre la eventualidad de reproducir, rearmar o rechazar los valores que le fueron transmitidos (Koselleck, citado por De Singly, 2003).

Si este rasgo se manifiesta en sociedades con grados significativos de individualización, inscritas en el capitalismo tardío, en sociedades tradicionales como la nuestra debiera darse más bien una reiteración de lo conocido, en la medida que el individuo no cuenta con las condiciones de instalación en la sociedad (por los agudos grados de exclusión, por los límites de la secularización) que no le permitan reflexividad ni elección.

Veamos cómo se pronuncian nuestros entrevistados cuando se les consultó porqué, frente al cuestionario, habían definido a su familia actual y a su familia de origen en tal o cual noción.

En la ***clase alta y media alta*** la mayoría define a su familia actual como “moderna” y “liberal” mientras que la mayoría de sus familias de origen son definidas como “tradicionales” y “conservadoras”, esto es, muy apegadas a los valores y ritos familiares, a la autoridad del padre, a la sujeción a la imposición de normas, a ciertos valores morales que fueron legados a través de las generaciones, o a la religión. La definición de “tradicional” no necesariamente

corresponde a situaciones de madres en la casa (en este grupo se encontró mayor proporción de madres profesionales que trabajaban). El trabajo de la madre no modifica, necesariamente, el carácter tradicional de la familia, debido a la presencia de un padre distante y normativo que era el proveedor principal y en el cual reposaba la autoridad. *Estos significados otorgados a la noción “moderna” van a vincularse con las nociones democrática e igualitaria al identificar a la familia actual. Es el sentimiento hacia la infancia y la aparición “del niño” sujeto, junto con el equilibrio entre los géneros, lo que va a dar nuevos contenidos a los cambios inter-generacionales.*

Pero en este grupo es más bien la individualización de los adultos lo que gatilla el cambio. No se trata sólo de que las mujeres trabajen, sino de que hombres y mujeres sean independientes y autónomos y lleven a buen puerto sus proyectos individuales bajo acuerdos equilibrados frente al hogar, los hijos y sus actividades y carreras profesionales. Todo ello explica la incorporación de los criterios igualitarios y democráticos a la familia que se aúnan en la noción de familia moderna.

Dos tipos de orientaciones aparecen en este grupo. Una consiste en *identificaciones iguales para la familia de origen y la familia actual en el polo moderno*, asociada a experiencias de padres y madres profesionales, a separaciones conyugales y a la residencia en otros países.

El segundo tipo de orientación corresponde a las definiciones que *preservan, ya sea lo tradicional o lo conservador, en la definición de la familia actual*, lo que corresponde a la reproducción de lo conocido y la valorización de ciertas tradiciones familiares que fueron legadas por la familia de origen e incluso por los abuelos. Estas identificaciones se dan más en las familias donde las mujeres, pese a tener una profesión y experiencia laboral, han acordado con sus parejas dejar de trabajar para dedicarse a sus hijos. Llama la atención que estas situaciones dan lugar a la *resignificación del trabajo de la madre, que es homologado a “cualquier trabajo”, y es altamente valorado como mecanismo para asegurar la inscripción del niño en la sociedad.* Esto permite que el padre se dedique a actividades que van desde proveer a la familia hasta dedicar tiempo a actividades personales recreativas, sociales y políticas e incluso a ser partícipes de relaciones más próximas con sus hijos. Las madres no son mujeres de su casa, son “modernas”, dedicadas al cultivo

de sus cuerpos y abiertas al consumo, de hecho algunas de ellas trabajan, pero definen a su familia o como tradicional o como conservadora o ambas a la vez, porque, no teniendo otros referentes, reproducen lo que hicieron sus padres.

La noción liberal podría significar un cierto vacío de referentes familiares para el individuo, y explica las definiciones conservadoras que podrían corresponder a una valoración positiva de la transmisión cultural entre generaciones que no han dejado atrás valores como los asociados a la religión. Sin embargo, en este grupo *está más presente que su opuesto (9 sobre 12 casos)*. *La definición de la familia actual se la asocia a autonomía individual y a ciertos valores de apertura a los cambios y de tolerancia frente a formas de vida diferentes*. Hay mayor grado de definición liberal cuando hay trayectorias familiares donde se dan experiencias diferentes a lo común (vida o estudios en el extranjero, separaciones conyugales, posiciones progresistas, reproducción del polo moderno entre generaciones). En tal caso *el “campo de la experiencia” en la familia no convencional serviría como eje articulador de un cambio que ya se anunciaba en la generación de los padres*.

Por último, a todas las familias actuales se las identificó con las nociones “*democrática e igualitaria*”. Esto se traduce, fundamentalmente, en los niveles de la comunicación en la pareja y de los padres con respecto de los hijos, que se la compara con la incomunicación vivida por ellos y ellas con respecto a los progenitores. Diríamos que ahora se habla y antes no se hablaba y que, antes era el padre el que tomaba las decisiones, y ahora estas se toman de manera conjunta. La prevalencia que tienen estas nociones, en la medida que los identifican a todos, está asociada a que ahora la familia enfrenta más riesgos que se suman a los intereses personales, que hay que encarar bajo ciertos acuerdos en la pareja, para lo cual hay que “hablar” y tomar decisiones conjuntas. Por igualitario y democrático se entiende una relación de pareja de pares, horizontal, que supone autonomía individual, y una relación parental que supone diálogo y proximidad entre ambos padres y los hijos.

Encontramos entonces *rupturas con la familia de origen* en este grupo social cuyo perfil sería la *familia moderna, liberal, democrática e igualitaria que se aleja de las orientaciones dadas en la familia de los padres, aun cuando en un tercio de los casos esta orientación ya estaba presente en los progenitores*. Aquí encontramos representaciones que se

corresponden con los atributos de la *familia relacional y democrática* que surge, o porque la generación anterior se muestra como modelo a seguir, debido a que ya los padres habían realizado una ruptura con la tradición, o porque la experiencia en la convivencia con los padres produjo un rechazo a ese modelo. En este último caso, aparecen ***las mujeres como las más cuestionadoras del modelo materno de sus madres en tanto sujeción a la autoridad del padre, mientras los hombres que rechazan el modelo de los padres lo hacen del lado de la relación de éstos con los hijos.*** Ellas cuestionan la dominación masculina, mientras ellos rechazan la distancia y la falta de afectos entre padre e hijo, lo que diferencia un tipo de separación marcada por la relación en la pareja (padre que domina o somete a la madre) y otro tipo de separación para no reproducir lo que ellos vivieron, que transita por el campo de los afectos entre padre e hijos.

Así, también encontramos ***orientaciones democráticas e igualitarias que conviven con la reproducción de valores, conductas y concepciones de familia tradicionales y conservadoras, que muestran ciertos reacomodos y resignificaciones que implican estar del lado de la igualdad entre los géneros y democratización de las relaciones entre géneros y generaciones.*** Cuando hay reproducción de los patrones heredados de la generación anterior, esta reproducción nunca es igual, se conservan ciertos rasgos modificando otros y reacomodando algunos. No es que haya un proceso de *des-pertenencia* con respecto de la familia de origen, sino ciertas *resignificaciones y reacomodos* que, en lo fundamental, obedecen a cambios con respecto a la *parentalidad* y la explicitación de los intereses de cada individuo (mejor expresados por los hombres) que conviven con los intereses familiares. En este caso, las rupturas se instalan a partir de la nueva significación de la figura del niño/a en la familia y del tipo de relaciones deseables entre el padre y sus hijos, sin grandes modificaciones en el papel de la madre (independientemente de que esta trabaje o no, pero en esta orientación hay madres que han dejado de trabajar por sus hijos y por la familia).

En la *clase media* y media inferior, los elementos encontrados en la clase alta están presentes, pero *incorporan matices y diferencias*. Hay rupturas respecto de la familia de origen identificada con el polo tradicional, mientras *la familia actual tiende a identificarse con las nociones correspondientes al polo moderno*. El igualitarismo y la democratización están incorporados de manera general. Sin embargo es más común encontrar en la *familia de origen rasgos más marcadamente*

autoritarios y machistas, pero también se encuentra en la familia actual definiciones tradicionales y conservadoras (o neutrales frente a sus opuestos).

Respecto a las rupturas de los entrevistados/as con sus familias de origen, la *negación del autoritarismo aparece como lo más importante*. El rasgo democrático e igualitario está dado por la importancia que asume la comunicación entre los cónyuges y de los padres con los hijos, en que las decisiones no pueden ser tomadas unilateralmente (al menos en la pareja), sino se requiere de conversación y diálogo. Es sobre todo con los hijos donde se aplica este modelo de relación y donde cobran sentido las definiciones democráticas e igualitarias.

La clase media ofrece *representaciones más dispares* que la clase alta, distinguiéndose tres tipos. Una primera, donde las nociones **tradicional y conservador** se vinculan a la importancia que asume *la familia como instancia de socialización de los hijos y de movilidad social*. Más que dar continuidad al linaje, se trata de progresar educando a los hijos. En este sub-grupo se sobrevalora a la familia, en particular a la *familia “normal” y la familia institución*, constituida y sancionada por el matrimonio con la presencia de un padre, una madre y sus hijos. **La “normalidad” aparece como revelador importante para mantener los rasgos conservadores y tradicionales en la familia actual**. Más que un lugar de refugio, la familia aparece en estos casos como *lugar de instalación* para lograr mejores posiciones en la sociedad; es su constitución “normal” lo que asegura que las expectativas de los padres con respecto de los hijos lleguen a buen término. *Esta normalización incorpora el trabajo de la madre, condición necesaria para llegar a destino*.

En este sub-grupo, las madres de los entrevistados permanecían en sus casas y el hecho que en esta generación trabajen constituye un marcador de las diferencias entre generaciones que provoca el *desplazamiento de lo tradicional a lo moderno*. Pero el trabajo femenino aparece ligado a la “necesidad” más que al desarrollo personal y la afirmación profesional e individual. Se trata de trabajar para satisfacer necesidades económicas crecientes, lo que da pie en algunos casos a la conquista de autonomía personal y a la diferenciación de las mujeres con respecto de sus madres sometidas y constreñidas por la dependencia del marido. *Esta orientación se encontró vinculada a la observancia religiosa católica y evangélica de los padres, que se reproduce en esta generación*.

Se encontró otra tendencia opuesta que identifica a **la familia actual en el polo moderno**, como una señal de des-pertenencia y ruptura con respecto de la familia de origen. Los casos que expresan la orientación *moderna y liberal* no le asignan *importancia a la familia institución ni al matrimonio*, ni a la sanción religiosa de las uniones. Corresponden a los convivientes que respaldan esta elección al dar mayor importancia a la pareja que al matrimonio. El individuo aparece bien diseñado, junto a un buen grado de libertad en las elecciones personales. Estos casos corresponden a hombres y mujeres que tienen experiencias culturales diferentes a lo “normal”, ya sea un miembro de la pareja extranjero, alguien que vivió en el exilio, estudios fuera del país, viajes a otros países, lo que nos lleva a suponer que un importante gatillador de los cambios es la experiencia “multicultural”. En estas orientaciones está *desterrada la idea del padre proveedor, e incluso hay mujeres que son las proveedoras económicas y los padres los depositarios del buen funcionamiento del hogar y del cuidado de los hijos*.

En el medio de ambos tipos de orientación, se encuentran quienes han efectuado rupturas pero se encuentran *atrapados entre las tensiones por la igualdad entre géneros y los deberes de la maternidad*. En estos casos se prefigura la idea de la *co-responsabilidad parental y el distanciamiento de un tipo de paternidad lejana y distante, lo que da sentido a la idea de familia igualitaria y democrática y conduce a algunos a situar a su familia actual como ni tan cercana a un polo moderno-liberal ni tan lejos del polo tradicional-conservador*.

Las representaciones sobre la familia, en este grupo, se caracterizan por un cierto *estallido de la idea de homogeneidad de patrones familiares*, que se expresan con más radicalidad que en la clase alta. Las representaciones encontradas corresponden a una *policultura de modelos*, en que está presente tanto la familia convencional, como modelos muy diferentes, que sin embargo se ven muchas veces limitados por factores económicos y por el *carácter retórico de la figura del nuevo padre y la permanencia del imperativo de la buena madre*. Estos podrían ser los elementos que llevan a algunos y algunas a identificar a su familia actual en posiciones neutrales. El deseo de ubicarse en la “normalidad” y el temor a la “anormalidad” posiciona a la familia en la indeterminación entre el cambio y la reproducción de lo tradicional.

En la **clase baja** también se observan rupturas con respecto de los patrones que existían en las familias de origen. Lo que marca la diferencia con la clase

media es la identificación de la familia de origen con altos grados de *autoritarismo* y *machismo*, lo que opera como marcador de rupturas. *La idea de familia democrática se asocia a la erradicación de los comportamientos autoritarios de los padres con respecto de los hijos, y también la idea de igualitarismo se vincula al destierro del machismo* que caracterizó la relación de los padres, lo que aparece más marcado en algunas mujeres que cuestionan la obediencia al marido, sobre todo porque el machismo se expresaba como prohibición de sus padres a sus madres a que salieran de la casa y una alta cuota de celos y maltrato. El autoritarismo es rechazado como base de las relaciones conyugales y parentales.

La familia tradicional también es definida desde la perspectiva institucional. Sin embargo, al clasificar a la familia de origen en el polo tradicional, la categoría está siendo aplicada de manera más precisa, dado que la familia de origen de, al menos una parte de los entrevistados, era campesina. Allí el poder y autoritarismo del padre se combinaban con la exigencia de trabajar de los hijos a temprana edad, lo que implicaba responsabilidades, deberes y sujeción a la autoridad paterna. No es ajena a este grupo la idea que lo tradicional corresponde con la familia “normal”, es decir unidos en el matrimonio y con hijos, pese a que se da la experiencia de la familia extensa con un papel importante de la abuela.

Otra acepción de *tradicional* corresponde a que la madre siempre estaba en la casa, al cuidado de una familia numerosa, y que *el padre era el depositario de la autoridad sobre la mujer y los hijos, mientras moderno significa que la mujer trabaje*. Lo moderno tiene que ver, entonces, con la participación de las mujeres en el mundo laboral (y la necesidad de que lo hagan) así como con la mayor presencia de los padres, su ingreso a los espacios femeninos: cocina e hijos, cuando las mujeres trabajan, ya que no hay quién reemplace a la madre en los asuntos domésticos ni en el cuidado infantil. La tensión entre tradición-modernidad se expresa de manera más explícita que entre los entrevistados de clase media, en relación al cambio en los roles de las mujeres, sobre todo en la medida que su ingreso es fundamental para la economía de la familia. *El ejercicio de la parentalidad también supone un ámbito de instalación de la familia moderna*, en tanto existe el deseo de que los hijos gocen de mayor atención afectiva por parte de ambos padres y a la vez de mayor libertad para decidir sobre sus vidas. *El polo moderno también se asocia con el acceso al consumo y con otorgar a los hijos más cosas que los que ellos tuvieron*. El no haber tenido implica dar todo lo que piden los hijos (y el endeudamiento consecuente). Den-

tro de esta gama de identificaciones aparece la idea de *familia-comunidad* como espacio de apoyo y acogida entre sus miembros y no sólo como soporte económico. Esto es interpretado como tradicional y conservador y altamente valorado por las madres que prefieren tenerlos a todos bajo su alero.

En resumen, las representaciones sobre la familia ponen en un primer plano el ***alejamiento de las nociones de autoritarismo y machismo, y en su reemplazo emerge la representación de familia democrática e igualitaria que parece interpelar las relaciones entre géneros y generaciones dadas en la generación anterior.*** Pero al haber tenido distinta gravitación en la familia de origen estos rasgos, para la clase alta lo que aparece más significativo en términos de ruptura es la *idea de individualización*, que se traduce en *igualdad entre hombres y mujeres, mientras que en todos los grupos sociales las concepciones acerca de las nuevas formas de asumir la paternidad dan contenido a estas nociones.*

Lo moderno también reviste distintos significados según clase social. Mientras para la clase alta también se asocia a las *libertades individuales*, a la igualdad entre hombres y mujeres, para la clase media responde al *trabajo de las mujeres y a su mayor autonomía. Lo que en la clase baja parece tener mayor importancia es el trabajo de las mujeres, pero a la vez, los mayores grados de consumo y acceso a bienes en el mercado (lo que incluye la educación) e incluye, ciertamente, el nuevo lugar del padre.*

Pese a que, en general, hay ***una tendencia a abandonar las representaciones de familia tradicional y conservadora, estos rasgos se mantienen en las representaciones de la familia actual en todas las clases sociales, con distintos significados.*** Para la clase alta significa mantener ciertas costumbres y valores del linaje familiar; para la clase media, preservar el carácter institucional, “normal” o convencional de la familia que permita un cierto orden para que la familia progrese y logre movilidad social, al igual que para la clase baja, más cercana a la herencia que recibieron de sus padres.

Conyugalidad, parentalidad y sujeto

Igualitarismo e individuación: la clase alta y media superior

Lo que ***distingue a esta clase de las otras, es la búsqueda de individuación***. Este constituye un elemento que marca las orientaciones y traduce la voluntad de hombres y mujeres por la *independencia y autonomía de ambos en la pareja*. Un segundo aspecto es la *separación de la vida conyugal de las relaciones, deberes y responsabilidades para con los hijos* (lo que es posible por la presencia de “nanas”, casi todas “puertas adentro”), y *un tercer aspecto es la significación que adquieren los hijos para ambos padres*.

Aun cuando esta sea la tendencia, se encontró una orientación que privilegia la familia y la parentalidad por sobre la conyugalidad, sin que en esta orientación esté ausente la independencia y la autonomía de ambos miembros de la pareja, lo que hace visible un rechazo a la idea de dependencia (pese a que en dos parejas las mujeres, ambas profesionales no trabajan por dedicarse a sus hijos, los altos sueldos de los maridos—los más altos de la muestra—permiten, probablemente, mitigar la dependencia económica, pero sí afirman la independencia afectiva).

La gama de significaciones otorgadas a la vida en común y la forma en que concretamente se encara la vida conyugal, puede agruparse entonces en tres tendencias: 1) Importancia de la pareja por sobre la parentalidad; 2) La parentalidad ocupa un lugar central en la familia; 3) Un discurso bastante generalizado que implica la capacidad de la pareja y la vida familiar para acoger y permitir el desarrollo del individuo, sus deseos, gustos y proyectos. La voluntad de individuación está más presente en este grupo y también en algunas parejas de clase media profesional, sobre todo porque algunas mujeres presionan por su afirmación individual y su desempeño profesional. La valoración de la independencia se traduce en ser flexible y estar atento a la individualidad del otro, mediante la consideración de los intereses personales y los de la pareja. Esto permite colegir que *la idea de igualdad entre hombres y mujeres está incorporada*.

Consiste en “*reconocer al otro ese espacio de lo propio, donde hay personas propias... momentos propios, relaciones propias, proyectos... y silencios, a veces*” (abogado, profesor universitario); en el “*respeto por las cosas que quiere hacer el otro, no esta cosa de pegoteo, pero sí de contar con el otro, no esta cosa distante de frialdad, sino de que él tiene su espacio con sus amigos, yo*

tengo mi espacio con las cosas que me gusta hacer...” (psicóloga). Hay quienes verbalizan que el logro de esta orientación se consigue estableciendo “*planes de vida individuales, compatibles con el vivir juntos*”... “*apoyo para que cada uno viva sus proyectos personales*” (abogado, profesor universitario). De hecho, en este caso, parte de su sueldo va a ser destinado para que su mujer emprenda estudios de Doctorado dejando su trabajo, lo que ella quiere realizar en esta etapa de su vida. Un hombre separado, que está a cargo de sus tres hijos, piensa que en la pareja es necesario que “*cada uno vaya construyendo también su mundo, su mundo individual, su mundo de libertad*”.

Esta idea de independencia y de autonomía no siempre se encarna de la misma forma en hombres y mujeres. En una pareja en que él dedica una buena cantidad de tiempo a si mismo y a su bienestar personal practicando la meditación “*dos veces al día, dos horas en la mañana y dos horas en la tarde, un fin de semana al mes y un mes al año*”, su mujer ha dejado de trabajar por sus hijos plegándose a los intereses de su marido en beneficio del buen funcionamiento de la vida conyugal: “*En la medida que yo sea capaz de respetar todos los intereses de él y de disfrutar con sus intereses y sentirme feliz, yo creo que la cosa va a funcionar*”.

Existe un *delicado equilibrio entre la vida conyugal, el ejercicio de la parentalidad y la afirmación del sujeto, además de la conciencia mayoritaria que la pareja se construye, que la vida conyugal supone diferenciar entre el desarrollo y la afirmación de si mismo, por un lado, y la parentalidad por otro. Ello implica reflexividad y evaluación.*

En general, el componente sexual es una clave significativa para establecer comunicación, complicidad y es parte central en la construcción de la pareja. La gran mayoría de los entrevistados otorga una gran valoración a la sexualidad y al erotismo bajo expresiones como las siguientes: “*los mejores momentos que paso con mi pareja son los momentos de intimidad sexual*” (abogado, profesor universitario); “*es también un espejo de cómo tú estás con tu pareja*” (gerente); “*es un espacio de disfrute del otro...tratamos de arrancarnos a tomar desayuno, hasta a un motel nos podemos ir en la mañana... en la casa lo tratamos de hacer cuando están durmiendo, pero es terrible con cabras chicas con trastorno del sueño, tratamos de cerrar la puerta y ponemos sillas...*” (psicóloga). Si bien la vida sexual es central en la pareja y puede ser afectada, ya sea por los hijos o el stress del trabajo, hay quienes no le asignan demasiada importancia,

aludiendo a una cuestión de edad (hombre gerente, 45 años) o de crisis en la pareja, lo que coincidió con mujeres que permanecían en la casa al cuidado de sus hijos. Los separados expresan que la sexualidad es el corazón de la vida de la pareja y estiman que ha mejorado ahora separados. Uno de ellos afirma que su relación sexual es ahora *“más suelta, más rica, más conversada, más creativa, yo diría que es lo que más he ganado”* (ingeniero comercial).

La conciencia acerca de la importancia del individuo y de la pareja incorpora la culpa (más frecuente en las mujeres por no dar más tiempo a los hijos) y el deseo de mayor libertad personal (más acentuada en algunos hombres). Esto hace pensar en que *pervive la imagen de la buena madre y del hombre orientado a lo público*.

La imagen de la buena madre se conjuga con la priorización de la maternidad por sobre la conyugalidad. Se encarna en la decisión de dos mujeres profesionales de dejar el trabajo por la crianza de los hijos, asociándose en estos casos a la presencia de tensiones en la pareja y un cierto grado de insatisfacción femenina (en un caso porque los hijos la sobrepasan, en otro por que su marido prioriza la sociabilidad extra-familiar y se ausenta). Otra mujer alude a la falta de tiempo y a la priorización de la maternidad por sobre la vida conyugal y los intereses personales, lo que pone de relieve la dificultad de algunas mujeres de separarse de sus hijos teniendo condiciones para hacerlo: *“Me gustaría hacer muchas cosas pero no tengo tiempo...yo creo que me puedo hacer el tiempo, pero no lo he hecho por mi hija”* (psico-pedagoga).

El frágil equilibrio que implica compatibilizar el no ser invasivo con el otro y a la vez no ser muy distante tampoco, contempla el tener tiempos de intimidad y soledad, difíciles de lograr cuando hay niños pequeños. *“Lo que echo de menos, a veces, es un poco de espacio de privacidad y de hecho, a veces me hace falta de repente estar solo”*, señala un gerente.

Dada la significación que tienen la independencia y la individualidad en este grupo social, el no tenerlas suele constituir un motivo de separación. Tal es el caso de un médico que declara. *“Yo me fui de la casa porque me sentí ahogado de mi libertad, ya no era una persona, pasé a ser un... un apéndice de otra persona en todo aspecto...lo poco y nada que hacíamos, lo hacíamos en conjunto...”*.

En hombres separados entrevistados, la separación trajo menos tiempo para sí en un caso, pues los fines de semana (cuando va el hijo a la casa) deja de

lado cosas que le gustaría realizar porque “*está el Felipe primero*” (médico). Ocurre lo contrario con otro separado que vive con sus 3 hijos (adolescentes) y cuenta con más tiempo. “*Ahora hago más. Yo creo que cuando estuve casado hacía menos. Leo, salgo, voy a ver obras de teatro, me junto con personas, voy a tomarme un café, deporte estoy haciendo muy poco pero, en realidad, me siento que tengo tiempo*” (ingeniero consultor). La mujer separada parece no hacerse mayores problemas y resuelve las cosas prácticas de manera eficiente de modo que su hijo tenga el cuidado conveniente y ella pueda trabajar sin dejar de lado otros aspectos de su vida.

La relación de la *conyugalidad con la parentalidad es tan compleja como aquella entre conyugalidad y sujeto, al constatar que en este grupo existe una disyunción o separación entre lo conyugal y lo parental. La vida conyugal, independientemente de los hijos, es deseada y a la vez los hijos tienen un lugar central para ambos padres.* Las concepciones de paternidad y parentalidad han cambiado y distan de la imagen distante que tiene la mayoría de los entrevistados acerca de sus padres. La parentalidad implica la presencia de dos actores: el padre y la madre, y reviste ciertas características: padres **presentes y disponibles**, se traduce en dedicación de tiempo, especialmente de la madre, cuando los hijos son pequeños.

Hay una búsqueda por **equilibrar las responsabilidades frente a los hijos** en asuntos domésticos que se traducen en la demanda de “apoyo” hacia los hombres, especialmente los fines de semana, puesto que, generalmente, estos aspectos están cubiertos por el servicio doméstico. Los padres –y así lo consideran ellos, así como sus esposas– van a dejar a sus hijos al colegio y están especializados en asuntos recreativos y gratificantes, deportes, paseos y juegos. En cambio, las madres se encargan de las rutinas diarias de higiene, vestirlos, darles comida y apoyarlos con las tareas. Esta madre, en la mayoría de los casos, es también la encargada de la disciplina de los hijos. **Un tercer elemento consiste en la búsqueda de equilibrio entre autonomía y libertad**, entendiendo que el hijo es una persona. Esto se traduce en apoyarlos y guiarlos, sin caer en la imposición de la voluntad de los padres, es decir “*dar cierto grado de libertad para que vayan escogiendo el camino que a ellos les parece conveniente*” o para que “*los niños se desarrollen en función de lo que ellos quieran hacer*”²⁵.

²⁵ Punto de ruptura generacional, pues en generaciones anteriores, los padres tendían a proyectar en los hijos, expectativas y frustraciones, deseando, en muchos casos, que los hijos sean mejores o lo que ellos no pudieron ser.

Esta libertad es limitada, puesto que hay una preocupación de resguardo o protección hacia la infancia y, sobre todo, en la adolescencia, donde se torna central la vigilancia hacia las redes sociales, que se logra por la proximidad del padre en el colegio. La preocupación por el “*who is who*” (abogado), se traduce en conocer el medio familiar y escolar de los compañeros y amistades de los hijos, con el fin de asegurar su inscripción en determinada red social, de la que también forman parte los padres que, a su vez, amplían sus propias redes mediante el contacto con otros padres de esta u otra comunidad escolar. En cuarto lugar, se trata de **establecer comunicación afectiva y generar confianza**, en lo que se involucra el padre. Esto cobra singular relevancia frente a los riesgos del mundo exterior.

La **disyunción entre parentalidad y conyugalidad**, es decir el que los hijos no copen toda la vida de sus padres dejando lugar a la vida conyugal y tiempo para cada cual, teniendo en consideración que ellos ocupan un lugar muy importante, pero sobre todo se los ve de otra manera, tiende a sustraer tiempos distintos al padre y a la madre, puesto que ellas tienen mayor responsabilidad con respecto a los hijos. No obstante, se observa *una vida conyugal más gratificante en las mujeres que trabajan, pese a la tensión que implica combinar distintos tiempos, y a veces en forma simultánea*. La prioridad otorgada a la conyugalidad por parte de ambos miembros de la pareja aparece con gran nitidez al constatar que la comunicación que establecen se centra en la relación y en los proyectos individuales, más que en asuntos parentales y prácticos, que se resuelven con ayuda de servicios domésticos. Tal es su formulación: “*El tema de salir es importante...salir solos...La privacidad es super importante, yo le pongo mucho énfasis...salimos por lo menos dos veces a la semana solos*” (abogado, profesor universitario). Otro hombre expresa con mayor convicción esta idea: “*Que la pareja tenga sus tiempos de pareja, que no sea una pareja abocada 25 años a la educación de sus hijos*”, mientras otro especifica cómo lo hacen para lograrlo: “*Tratamos, en la medida de lo posible, de buscarlo, escapándonos a tomar desayuno los sábados en la mañana, tratando de ir a comer a algún lado...disfrutarla a concho y hacer cosas que nos gusten, que son los únicos momentos reales que hay para conversar un poco de nosotros, de qué nos está pasando, qué queremos hacer, qué no queremos hacer...me encantaría que fuera más*” (gerente), en tanto su mujer sostiene: “*creo que nunca hay que perder de vista que necesitamos espacios solos...Los buscamos encarecidamente*” (psicóloga).

Este grupo, cuyas representaciones sobre la familia lo posicionaban en el polo moderno-liberal, donde se da cabida a la individualidad, importancia a la pareja y por lo tanto, una clara separación entre la vida conyugal y la parentalidad, no está demasiado distante de los nuevos rasgos que adquiere la familia contemporánea. En ella se otorga un rol central al *proceso de individuación* a partir de la liberación de los roles de género internalizados, que obligan a construir una existencia propia, muchas veces en *detrimento de las relaciones familiares y/o amorosas, produciéndose como consecuencia el choque de intereses entre el amor, la familia y la libertad personal* (Beck-Gernsheim, 2001). *Sin embargo, la conciencia parece haber anticipado las relaciones* (Beck, 1998), *en la medida que el deseo del cambio y la internalización de nuevos significados no logran siempre plasmarse en las acciones.*

Por otra parte, el cuestionamiento de la co-dependencia supone autonomía consistente en la realización del proyecto personal, condición para relacionarse con los demás en forma igualitaria. En estas nuevas circunstancias, el matrimonio y la familia sufren profundas transformaciones y comienzan a centrarse en la pareja (como núcleo de la familia); sus bases son el amor, la atracción sexual y principalmente la comunicación íntima y emocional (Giddens, 1995). Sin embargo, si estos atributos están bastante internalizados –en sintonía con lo políticamente correcto– no siempre logran concretarse, pues compiten con el trabajo y los hijos, y las prácticas concretas están teñidas por la sobre-responsabilización materna y la ubicación del nuevo padre en lo que a él lo gratifica.

Por otra parte, y coherentemente con la permanencia de elementos tradicionales y conservadores en varias parejas, hay quienes reproducen estos modelos, lo que tiende a coincidir con mujeres que han dejado de trabajar o de aquella que trabajando, tienen grandes dificultades en separar la maternidad de la vida conyugal, teniendo condiciones para hacerlo.

Choque de la individualización con el imperativo de la buena madre: la clase media

En la clase media, la conyugalidad, la parentalidad y a veces el deseo de afirmación individual se acompaña por búsquedas, negociaciones, acuerdos, tensiones y malestar.

En la clase media no se dan dos orientaciones como en la clase alta, sino hay una mayor diversidad que se despliega *entre la voluntad de individualización extrema hasta la exacerbación de la figura materna, pasando por la sustitución del papel proveedor del hombre por el de la mujer*. En este grupo se encontró la mayor diversidad de ensayos en términos de apuestas diferentes por apuntar a establecer familia, palabra que para algunos revestía distancia y molestia (no hay familia, hay personas), mientras para otros encubría el fin de su proyecto de vida. Es el grupo donde aparece el rasgo menos institucional de familia, puesto que se da una gran heterogeneidad en las formas de unión y concepciones sobre la familia en que coexiste la importancia asignada al matrimonio (civil y religioso), en algunas parejas con una manifiesta *priorización por la construcción de la pareja, lo que da lugar a convivencias y familias recompuestas* (2 mujeres con hijos anteriores). Esta heterogeneidad se expresa, también, en quienes están formalmente casados, en la existencia de distintos regímenes matrimoniales: sociedad conyugal, separación de bienes, participación en los gananciales.

La edad promedio para las mujeres al nacimiento del primer hijo es de 26,6 años y para los hombre de 28,4 años, algo inferior a la clase alta en que hombres y mujeres superaban los 30 años. Como la clase alta, y a diferencia de la clase baja, la edad de la unión con respecto a la edad del nacimiento del primer hijo corresponde, en la mayoría de los casos, a 2 años, lo que indica que las parejas han destinado un tiempo a consolidar una situación económica y/o a la construcción de la pareja. Prima, entre los de mayor capital cultural, el desplazar el nacimiento de los hijos para destinar tiempo a la pareja y la afirmación profesional, lo que también se da en la clase alta.

Todas las mujeres de las parejas entrevistadas trabajan remuneradamente fuera del hogar. La mayoría de ellas describe la cantidad de trabajo y obligaciones diarias como excesiva y agobiante, lo que las hace desear tener más tiempo para la pareja, y especialmente, para los hijos, y algunas de ellas para sí mismas. Todas aportan económicamente al presupuesto familiar y reciben sueldos que van desde el 40% al 60% menos que sus parejas. Se hacen cargo del trabajo doméstico y de la crianza de los hijos/as con un mayor nivel de involucramiento que sus parejas y manifiestan deseos de realizar actividades individuales, sin embargo, señalan que no cuentan con el tiempo suficiente para ello, lo que explica un cierto malestar femenino.

En todo caso, nos enfrentamos a nuevos discursos de la paternidad que muestran rupturas importantes con el padre distante que predominaba en la generación anterior. Aunque en la mayoría de los casos no sea más que la expresión de una “retórica del nuevo padre”, sí hay padres presentes, preocupados de sus hijos y de las actividades domésticas, hasta el caso de un dueño de casa y una mujer proveedora o un hombre cuya mujer puede viajar tranquila sin tener preocupación alguna por dejar a sus hijos a su cargo.

El campo de las disputas domésticas se hace más gravitante en este grupo. Del lado de los hombres, cuyo discurso cambia pero no siempre sus prácticas sociales, aparecen tres tendencias. Una, en que las mujeres no dan el lugar para que se encarne este discurso, porque ellas continúan monopolizando el saber hacer del hogar y la crianza y no dejan lugar al otro, porque lo puede hacer mal, se demora mucho, no sabe y, otra tendencia, en que el marido no quiere someterse a asumir cuestiones domésticas sobre las cuales presiona la mujer. No quiere que lo manden y en ese no querer someterse a los ritmos femeninos, dilata el poner fin a ciertas tareas. Los platos pueden estar varios días sucios, lo que conduce finalmente a la vuelta atrás: ellas los lavan. En cambio, parte de este nuevo lugar del hombre en la familia es la cocina. Si sus padres eran los encargados del rito del asado del domingo, ellos han logrado salir del rito culinario festivo para hacerse cargo, cuando es necesario, de la comida cotidiana. La comida es una actividad valorizante para los hombres de la clase media. Por último, también hay hombres presentes, responsables y, en el extremo, a cargo de la casa.

La vida conyugal muestra dos características: por un lado, *diversidad y por otro, formas de verla muy distinta en una misma pareja*. La diversidad se expresa en parejas que llegaron por sus orientaciones religiosas, “vírgenes” al matrimonio, hasta la pareja que ha optado por una relación abierta, donde ambos pueden tener otras parejas ocasionales, pasando por aquellos cuyas uniones fueron determinadas por el embarazo, aun cuando en muchos casos se haya dejado un tiempo para construir la pareja, a veces con convivencia previa al matrimonio.

Se concibe a la pareja como una unidad de pares que contempla amor, buena comunicación, entendimiento mutuo, compañerismo, apoyo, confianza, cercanía, honestidad, independiente de la forma de unión que exista.

Aunque se asigne, generalmente, gran importancia a la sexualidad, ella está limitada por la presencia de hijos pequeños, mientras quienes tienen hijos más grandes hacen el esfuerzo de “arrancarse de la casa” para lograr momentos de intimidad afuera: “*nos pegamos un llamado después del trabajo y nos juntamos en alguna parte*” (hombre). “*Si no puede ser en la casa, salimos... nosotros salimos hartos*” (mujer).

Las **diferencias de apreciación frente a un mismo hecho es recurrente, lo que hace pensar en expectativas distintas al interior de la pareja**. Un ejemplo que ilustra este punto puede verse en la opinión del hombre que dice: “*...tenemos muchos espacios íntimos...salimos juntos también hartos...*”, en tanto ella menciona “*... son pocos los espacios, porque está la hija... pero salimos una vez por semana*”. Otra pareja: “*... tenemos bien pocos espacios de pareja...por la vida que llevamos de trabajo... no es como al principio...*” (hombre), mientras ella dice: “*... sí, los fines de semana... en la noche en la casa.. después que se duerme el niño tenemos un momento para nosotros*”.

La vida conyugal a menudo se ve tensionada, o por los hijos o por el trabajo excesivo, lo que se manifiesta como agotamiento, estrés, agobio, en la medida que se debate entre las tareas domésticas, aprender a ser buenos padres y el trabajo remunerado. Tal manifestación es más femenina que masculina.

El “malestar privado”, las diferentes apreciaciones y expectativas en la pareja da, sin embargo, lugar a numerosos deseos para desarrollar un sinnúmero de actividades de tipo gratificante, las más de las veces individuales, pero que con dificultad logran llevarse a cabo. La gama va desde aspectos tan vitales y mínimos como: “*poder ducharme tranquila*” (mujer), hasta “*proseguir estudios de postgrado o especialización*” (hombre y mujer), pasando por cantar, pintar, investigar en internet, escuchar o tocar música, yoga, deportes, andinismo, conversar, hacer vida social, leer, fotografiar, bailar, ver televisión, salir al cine, andar en bicicleta, hacer el amor en el bosque, descansar. Aun cuando el listado es extenso, y aunque algunos lo logran, la mayoría manifiesta dificultades para lograr tener sus espacios individuales, dando como razones, los hijos, el trabajo, el tiempo para la pareja, que dificulta o impide que esto se pueda llevar a cabo.

La vida conyugal muestra una gran gama de sentidos y orientaciones, desde el deseo de centrar la vida en la pareja, o en la independencia de cada uno, hasta

establecer estilos de pareja abierta donde caben las relaciones sexuales ocasionales con terceros, porque incluso esto es bueno para mantener viva la pareja.

No obstante, vuelven a encontrarse, como en las apreciaciones sobre la sexualidad, opiniones divergentes frente a un mismo hecho. Tal es el caso de la pareja abierta, en que él manifiesta públicamente tener relaciones ocasionales con otras mujeres, mientras ella no dice nada y tiene un “amante estable” que mantiene oculto.

Otro ejemplo de apreciaciones distintas en la pareja es el referido a las tareas del hogar, los hijos, el tiempo para dedicarse a asuntos personales. Algunas de las mujeres se manifiestan insatisfechas al esperar que sus parejas hagan ciertas cosas. Mientras ellas se muestran descontentas por la poca colaboración en las tareas del hogar, el cuidado de los hijos, un mayor apoyo para que ellas puedan destinar tiempo a sus cosas personales, ellos, refiriéndose a estos aspectos manifiestan mucha alegría de compartir las responsabilidades con sus mujeres. Los hombres, sin duda, sienten que están más presentes en el hogar que lo que lo hicieron sus propios padres, expresan con cierto orgullo la cercanía en lo afectivo, en los traslados al colegio, el mudar, cuidar y jugar con los hijos. Creen que lo están haciendo muy bien y, sin duda, su práctica es muy distinta a la de sus padres, sin embargo, no todas las mujeres coinciden con esa apreciación.

En cuanto la **parentalidad**, tanto para los padres como para las madres de este grupo, los hijos tienen un lugar central en sus proyectos de vida. Existe el deseo de aprender a ser padres. Hay mayor tendencia a la sobre-protección y sobre todo, madres muy posesivas y aprehensivas con sus hijos. Pero, al mismo tiempo hay madres que dan un lugar al padre para que este esté más cerca de sus hijos. Mientras **el padre se encuentra en un lugar incierto** en que, por un lado, quiere involucrarse más con el hijo, pero no siempre sabe hacerlo o no siempre la madre se lo permite, además no cuenta con el tiempo suficiente para hacerlo ya que están más presionados que las mujeres en sus trabajos por las largas jornadas laborales. De algún modo, este padre dispuesto a estar más cerca de sus hijos es **construido por su mundo laboral**: “los jefes son de una generación mayor en que las mujeres estaban en la casa y no entienden que los hombres más jóvenes quieran ocuparse de sus hijos, las reuniones comienzan a las seis de la tarde y se extiende la jornada”, señala un ingeniero.

Entendiendo que hay una distancia entre la voluntad de ser un padre más próximo y la realidad de que esto se encarna en la vida cotidiana, se encontró que cuando esto se realiza, frecuentemente se hace de la misma forma que en la clase alta, es decir, los hombres asumen las actividades recreativas y placenteras, como el deporte y los juegos con sus hijos, mientras las madres están más centradas en las actividades rutinarias, mucho más sobre-exigidas, agotadas, cansadas y agobiadas.

La función del padre ha cambiado y prueba de ello es la aparición de nuevos atributos de la paternidad. Ahora *“la característica de proveedor no hace al padre”*, señala un hombre, mientras, como prueba de mayor dedicación, otro sostiene que *“el hijo a uno le consume muchas energías”*.

Si bien en este grupo se da mayor responsabilidad frente a los hijos y se avisa al nuevo padre, éste se mueve en un terreno incierto en que esta manifestación de voluntad no siempre se encarna en términos prácticos y muchas veces, no como las mujeres quisieran.

Paralelamente, el mundo de las madres de la clase media aparece con una gran gama de complejidades que dificultan al padre la ocupación de un lugar.

Por un lado, para que las mujeres trabajen y logren llevar a cabo sus proyectos individuales, buscan distintas estrategias: presionar a sus parejas para que colaboren, tener servicio doméstico, o recurrir a la parentela femenina o una combinación de todas ellas. Algunas construyen un escenario doméstico de *sustitución de la figura materna*. No tienen confianza en la “nana” que raramente vive en la casa, o no tienen suficientes recursos para contar con una empleada “puertas adentro” y agregan al cuidado infantil a la abuela materna, ya sea llevándosela a la casa o llevando al hijo/a cotidianamente a su casa. Suelen estos casos corresponder a mujeres “que mandan”, que no dejan el hogar ni los hijos a nadie, salvo a sus propias madres. Lógicamente, en estos casos los hombres son menos colaboradores, tendiendo a reproducirse un patrón tradicional, aun cuando ahora la mujer trabaje. Esta **maternidad delegada** de las madres frena los cambios en la pareja, impidiendo la apertura de un lugar al padre, estando muy de acuerdo ellos en que las cosas sean así. Es usual que estas mujeres deseen que sus maridos ganen más para poder dejar de trabajar y dedicarse al hogar y a actividades placenteras.

Otras en cambio, puesto que trabajan y a la vez desean ser buenas madres, deciden *postergarse* concientemente frente a la demanda que ejercen los hijos en sus vidas. Son mujeres angustiadas y que sienten *culpa* por trabajar y no destinar mayor tiempo a sus hijos. Dentro de este mismo tipo de madres, otras expresan agotamiento. Son *madres nutrientes y preocupadas de los aspectos de higiene*; tienen temor a dejar a sus hijos en manos de empleadas y tampoco tienen confianza en las instituciones de cuidado infantil; están sobrecargadas, incluso a veces a costa de su salud mental. Son las mujeres más insatisfechas y las más sujetas a cumplir con el imperativo de la “buena madre”, sin que necesariamente puedan realizarlo porque no cuentan con la tranquilidad o el tiempo para hacerlo.

Por último, hay *madres confiadas* que viven más satisfactoriamente sus deseos y proyectos. Delegan en los padres el cuidado de los hijos; pueden ausentarse de la casa por su trabajo, viajar, salir sin temores puesto que el padre las sustituye. Tienen más vida propia sin que ni el trabajo ni sus actividades personales les generen culpa por no estar con los hijos.

En suma, la clase media es la que realiza más ensayos para crear formas de convivencia, o muy semejantes a la de sus padres o muy diferentes y novedosas. *Hay una notoria reproducción de patrones tradicionales pero también hay un manifiesto cambio en aspectos de la vida conyugal, parental y proyectos individuales que parecen perfilarse en el horizonte. En muchas ocasiones, sin embargo, no logran concretarse por la inadecuación que existe entre los reacomodos privados y las exigencias y constreñimientos que impone la actividad pública.*

Un aspecto relevante en este grupo es la aparición de percepciones muy diferentes entre hombres y mujeres en el seno de una misma pareja frente a un mismo hecho o situación, lo que estaría develando una fractura en los acuerdos conyugales o un grado de insatisfacción frente a las expectativas diferentes.

La familia opaca la conyugalidad y su sentido son los hijos: la clase baja

De partida, la vida conyugal de las parejas de clase baja presenta un carácter mucho menos inclusivo de los variados aspectos que aparecen en las parejas de clase media y alta. Ninguna de las parejas entrevistadas menciona espacios reservados para ellos dos, excepto las conversaciones que pueden tener lugar una

vez que las obligaciones familiares están cumplidas y los niños acostados. No salen juntos, o muy poco, invocando la falta de dinero o el gusto de disfrutar de su hogar. Hasta la pareja que no vive con sus hijos a lo largo del año muestra una vida conyugal muy reducida. “Pasarla bien con la pareja” es sinónimo de estar tranquilo en la casa, relajarse y compartir una buena comida con toda la familia.

Cinco parejas de seis tuvieron un hijo entre cero y un año después del inicio de su relación, lo que indica una corta experiencia de vida de a dos, incluso embarazos no previstos que produjeron la unión. Esto podría explicar el conformismo y el utilitarismo del lazo conyugal. Dicho de otra manera, la llegada de los hijos reconfigura y reorienta rápidamente el espacio de la intimidad, pues la unión se formaliza, no por el anhelo de estar con el otro, sino por el cumplimiento de una normalidad social: formar una familia para cobijar hijos.

Similar fenómeno es bastante bien ilustrado por las informaciones relativas a la sexualidad. Así, mujeres como hombres relacionan la actividad sexual al período del cortejo. En cinco parejas se verbaliza el hecho de que el principio de la unión se caracterizó por la pasión y el apetito sexual, pero que el tema perdió su centralidad cuando se agregó niños a la pareja. Tal distanciamiento es acogida de manera muy diferente por parte de los dos cónyuges. Si bien las mujeres lo notan, no lo lamentan; consideran el sexo como algo secundario en relación a las exigencias de la vida familiar. Los hombres, al revés, manifiestan incomodidad e insatisfacción frente a la situación. Se dicen frustrados y alimentan expectativas respecto de una eventual vuelta al antiguo fervor sexual.

Las condiciones materiales y de convivencia de las parejas no favorecen del todo la existencia de un lugar propio donde construir la conyugalidad. Muchas veces los niños duermen en la misma pieza que sus padres por falta de otra alternativa. Si no, terminan por dormir igual con ellos, por ser “regalones” o aceptados como tales. En todos los casos, las madres mencionan la importancia de respetar a sus hijos inhibiendo las prácticas sexuales de la pareja, ya que eso puede ser vivido como traumatizante o visto como “cochino” por los niños.

Para las personas de clase baja entrevistadas existe, entonces, una demarcación muy clara entre el “antes” y el “después” de la llegada de los hijos. El concepto de familia parece conllevar un compromiso moral fuerte que escamotea tanto la individualidad de los esposos como su vida conyugal. De aquí

en adelante, la prioridad se otorga a la familia y no se cuestiona mucho los sentimientos que ligan a los esposos. La mayoría se muestra conforme, asociando su ideal de pareja a la persona que comparte actualmente su vida.

Sin embargo, el tema de los celos gatilla respuestas más apasionadas por parte de los entrevistados. En tres parejas de seis, se verbalizan limitaciones con respecto a las salidas sin la pareja. Tal comportamiento es interpretado como una amenaza a la fidelidad de uno de los cónyuges, o al bienestar del núcleo familiar, pues le priva de una parte del cariño y de la atención del o de la que sale. En todo caso, tres cuartos de los entrevistados afirman no tener más de uno o dos amigos, a menudo vecinos o colegas de trabajo, con quienes no comparten actividades sociales.

El tema de la autoridad intra-pareja se destaca muy claramente dentro de la relación de pareja en la familia de origen de los entrevistados. Todas las personas (nueve de doce) que fueron criados con ambos padres explicitan una relación de dominante-dominada y la dificultad, para las mujeres, de salir solas. El esquema parece culturalmente arraigado, a pesar de que algunas personas expresan su voluntad de quebrarlo y establecer una relación más abierta con la pareja.

En conclusión, la familia como “caparazón” emerge de la dimensión conyugal, pues avala esta última. La familia aparece como puerto y destino de la pareja; cimienta la unión de dos personas y le da sentido. Valores como la seguridad y la auto-protección cierran el círculo de lo posible para los miembros de la pareja. Romper con la vida disipada del pasado, trabajar duro, quedarse en la casa durante los momentos libres, cuidar bien a los hijos, asegurar el crecimiento del grupo familiar como unidad, sin que mucha preocupación se dé al sub-grupo conyugal. No obstante, una dirección tan uniforme se asienta sobre un conflicto sexual latente expuesto en la totalidad de las entrevistas, conflicto que podría ser el síntoma de una crisis más profunda: la desagregación del significado de la unión conyugal.

Finalmente, la definición de familia moderna que encontramos en las representaciones de la clase baja está mucho más cercana al modelo de familia industrial, aunque ambos trabajen. La idea es reponer el papel central del padre proveedor a través de la delegación de la mujer al hombre del manejo de los ingresos de ambos, aludiendo falta de experiencia, lo que traduce la cesión de un espacio voluntariamente por parte de las mujeres, de modo de *asegurar* una función masculina

cuando esta es borrosa a través del **reestablecimiento simbólico de la función proveedora del hombre** (esto no es ajeno a algunos casos de la clase media). Al mismo tiempo, y volviendo a las representaciones de familia moderna de la familia actual, es el trabajo que constituye para las mujeres un espacio de afirmación identitaria que sus madres no habrían tenido, lo que no implica que la función materna no siga siendo central en sus vidas pero *contradictoriamente, pareciera que ésta se hace extensiva a la pareja*, por el carácter protector y maternal que muchas mujeres tienen con respecto de sus esposos o convivientes.

La crianza alejada de los padres biológicos es un eje común en varias de las familias de origen de la clase baja. Hay tres casos en que niños o niñas, a partir de los seis años, dejaron de vivir con sus padres y fueron “criados” por sus abuelos, tíos, en incluso “una familia amiga”; ya sea por la condición de trabajadora de la madre, por la muerte de la madre y alejamiento del padre o por separaciones conyugales, donde una vez que la madre establece otra relación de pareja entrega el cuidado de sus hijos anteriores a otros. Esta situación es percibida por los entrevistados como “abandono”, falta de amor, afecto y preocupación; y fundamentalmente atribuyen la “culpa” a las madres, permaneciendo un sentimiento de resentimiento hacia ellas, y no así hacia los padres frecuentemente ausentes.

Una primera clave de ruptura para descubrir nuevas formas de parentalidad concierne al cambio con respecto de la entrega de los hijos a la comunidad o a la red de parientes. *Los hijos ahora no se entregan a los parientes ni a la comunidad como solía ocurrir en la generación anterior*; y más bien se incorporan en la familia hijos de relaciones anteriores en familias recompuestas.

La figura paterna que conocieron los entrevistados/as en su familia de origen fue autoritaria y normativa. Los padres estrictos y castigadores estaban asociados a las religiones evangélica y mormona, que además se oponían a los ritos festivos. Por otra parte, también el autoritarismo estaba vinculado al machismo en la relación de dominación/sumisión con sus esposas, al consumo de alcohol y a los altos niveles de violencia física que existía en los hogares, tanto hacia las mujeres como hacia los niños.

Es interesante constatar que *se hace una distinción entre la identidad tradicional del padre, como figura de autoridad en la familia, y la autoridad legítima de la madre*. Frente a un modelo de padre proveedor pero irresponsa-

ble y borracho, la autoridad legítima reposa en la madre. Pese a su dependencia del padre y a la relación de dominación que éste ejercía sobre ella, es esta madre a la que se valora por los hijos hoy adultos. La madre es el pilar de la familia, la que asegura la pervivencia de la familia. Un sólo caso, un hombre de familia evangélica, técnico paramédico, manifestó que fue socializado en un ambiente con padres democráticos y comunicativos. En este caso, su madre trabajaba y había mayor igualdad en la toma de decisiones y en el reparto de funciones.

Sin excepción, *para todos los entrevistados los hijos ocupan un lugar central en la familia* lo que aparece como un segundo indicador de cambio que se refleja en el *desplazamiento del lugar del padre en favor de la centralidad que adquieren los hijos*. En algunos casos esto se exagera al homologar familia a hijos. Tiene entonces sentido casarse. Este imperativo moral requiere de traducción legal²⁶, sostiene un obrero. El casamiento da inicio a la familia, pero la familia se debe a los hijos: *“cuando uno se casa, uno tiene que pensar no en uno ni en la mujer, sino que en los hijos, uno se casa para formar una familia”* (para-médico hombre). Es la existencia de los hijos lo que obliga a mantener a la familia. En este contexto social hay un estrecho vínculo entre *matrimonio, maternidad y familia*, que plantea que los hijos deben llegar dentro del matrimonio. Sin embargo, en la práctica tres de las cinco parejas entrevistadas están casadas y dos conviven y, por otro lado, en dos de las cinco parejas existen hijos de parejas anteriores. En el caso de la pareja que pertenece al sector social más marginal (limpiadores de autos), que conviven hace tres años en forma irregular, y que no tienen hijos en común, a pesar de sumar entre ambos siete hijos, señalan que el no tener hijos en común es una debilidad en su relación de pareja. La filiación biológica es un requisito para la consolidación como familia: *“el Marco me pidió un hijo”*, señala su compañera.

La sobre-responsabilización de las mujeres en el contexto moral del imperativo de la “buena madre” aparece exacerbado. Las madres tienen dificultad a despegarse de sus hijos, lo que, como se dijo más arriba, dificulta la vida conyugal. En algunos hombres se aprecia algún nivel de crítica u observación ante la “invasión” que hacen los hijos de los espacios de conyugalidad; la actividad sexual se reduce, la que ya es está afectada por la escasez de lugares de intimidad, dada las condiciones de hacinamiento en que viven.

²⁶ Se le da una mayor importancia al matrimonio civil que al religioso porque al religioso se lo considera un “lujo”, por el gasto que implica, e incluso, porque el primero se puede deshacer más fácilmente.

Entre los entrevistados de clase baja coexisten tres tipos de paternidad que dan cuenta de los cambios en curso. El primero proviene del tipo **tradicional machista** y es representado por el entrevistado de mayor edad. No cumplió ni desarrolla ningún tipo de labor vinculada a la crianza o cuidado de niños, no lo hizo con sus hijos ni tampoco con sus nietos (que viven en la misma casa). Su papel **se reduce a la provisión económica**. Fue más apegado al hijo hombre, es él quien sigue estudiando y “le ha respondido”; tiene una relación distante con una hija madre soltera, a quien no le perdona el haberse embarazado. No obstante, es un padre que **ha perdido autoridad doméstica**, sobre todo después de que echó de la casa a su hija embarazada adolescente frente a la oposición de su esposa, la que a fin de cuentas se impuso, acogiendo a su hija y nieto.

El segundo tipo de parentalidad, podría denominarse el **padre “semental”**, **es decir el que engendra hijos pero que está absolutamente ausente o inexistente en su rol proveedor y afectivo**. Está representado por el trabajador del sector informal y precario, quien sabe de la existencia de tres hijos biológicos, de distintas madres, a quienes no ha reconocido ni tampoco se ha hecho responsable económicamente de ellos.

El tercer tipo es el que **predomina** en los casos estudiados, y es el que se construye bajo el discurso de **no reproducir el modelo paterno de parentalidad**. Desarrollan funciones domésticas vinculadas a la crianza, como ayudar a hacer las tareas escolares, a pesar de que para algunos reviste dificultades dado el bajo nivel de escolaridad; cuidar a los hijos menores (lo que incluye mudarlos, jugar, bañarlos, etc.) y participar en el vínculo con el exterior: llevarlos al médico, retirarlos del colegio, etc.

A diferencia de lo que muestran otros estudios, y a diferencia de lo ocurre en las clases medias y altas entrevistadas, en cinco de las seis parejas entrevistadas, los hombres cuentan con horarios de trabajo (en un caso sólo con estudios técnicos, mientras la mujer mantiene la casa), que les permitirían compatibilizar el trabajo con destinar tiempo para el cuidado de sus hijos. En tres de los casos esto ocurre, siendo esto altamente valorado por ellos y reconocido por sus parejas.

Tres hombres aluden a la noción de responsabilidad en tanto proveedores como lo primordial al definir al buen padre, “*que no les falte nada*” (limpiador de autos). Por otra parte, dos de los hombres apelan a la transmisión de valo-

res y sentimientos afectivos hacia los hijos, como darles cariño, amor, confianza, escucharlos, no mentirles. Finalmente, uno de los casos evidencia la importancia de conjugar en la figura del padre las dimensiones normativa y educadora, –“*hay que poner reglas en la casa; tu papel es esto, esto y esto otro*”– en combinación con el cariño y la comunicación.

Si distinguimos tres tipos de padres, las madres no presentan tal diversidad. Existe una sola madre. En las mujeres se aprecia un discurso más uniforme respecto del “buen padre”, atribuyendo a dicho concepto como elementos centrales el ser cariñosos, “*estar con ellos*”, darles apoyo, preocuparse, transmitirles valores. En dos casos –uno del sector precario y otro, el de mayor edad–, la expectativa femenina coincide con el discurso masculino y se refiere a ser responsables en el plano económico y trabajar. Sólo un caso apela al ejercicio de funciones concretas que significan mayor igualdad en el reparto de tareas como el llevar a los niños al médico.

El ser madre es la dimensión de identidad más importante en las mujeres, lo que justifica desplazar todo en relación al uso del tiempo y dinero y a la relación conyugal en función de los hijos. Aún así, no se encuentran referencias excesivas al sentimiento de culpa por el hecho de trabajar y disminuir el tiempo real de dedicación a los hijos que comúnmente es encontrado en mujeres de otras clases sociales. Para este sector, el trabajo de las mujeres constituye un aporte económico al ingreso familiar proporcionalmente mayor que en las capas medias y altas. *Las mujeres entrevistadas aportan con el 57% del ingreso familiar*²⁷; *en la clase media ese aporte es del 47% y en la clase alta disminuye a 22%*²⁸. En la medida en que el aporte de las mujeres es gravitante para la sobrevivencia de la familia, la culpa opera con menor intensidad.

Tal como lo manifiestan los hombres, las mujeres también se plantean queriendo hacer un quiebre con el modelo materno de su familia de origen, cuestión que está fundada en la centralidad de los hijos más que en el padre.

²⁷ Se debe considerar que existe una pareja en que la mujer aporta el 100% (se excluyen las separadas) y hay dos que aportan sobre el 50%, y la brecha entre el aporte masculino y femenino es menor que en las otras clases sociales.

²⁸ Considerando que hay dos mujeres que dejaron de trabajar y no aportan ingresos en esta clase social.

El concepto de buena madre, desde la opinión de las mujeres consiste primordialmente en contribuir al soporte socioafectivo de los hijos, a través de la entrega de cariño, confianza y respeto. Existe la idea de que todo el tiempo no laboral debe ser dedicado a “*estar con los hijos*” y “*darles lo que uno más pueda*” (auxiliar enfermería). Las entrevistadas del sector informal y del empleo doméstico agregan elementos concretos al buen ejercicio de la maternidad, que se manifiestan en mantenerles la ropa limpia, comprarles lo que necesitan para el colegio y evitar la violencia hacia ellos. Una madre soltera, telefonista, cuya hija prácticamente fue criada por su abuela materna, reconoce no saber lo que es una buena madre, pues siente que ella no lo ha sido.

A diferencia de lo que ocurre con la diversidad de tipos de padres, pareciera ser que a nivel de las representaciones existe más bien *un universal de madre* (*padres hay varios, madre hay una sola*). La gran responsabilidad de la madre es “*mantener la familia unida, nutrida*”, cuestión que va más allá de la satisfacción de las necesidades básicas y representa una fuente de satisfacción y logro personal, “*yo creo que se sienten realizadas cuando logran aportar algo con ellos, pucha, si puedo cuidarlos, si puedo alimentarlos*” (mujer).

La presencia de la *familia extensa en la crianza de los hijos* se da en la mitad de los casos estudiados. El caso más extremo es el de una pareja de funcionarios de la salud pública que enviaron a sus dos hijos al sur a vivir con la abuela materna, aparentemente por razones económicas. Sólo están con ellos en las vacaciones escolares. Se aprecia una tensión entre madre y abuela en las pautas de crianza. Existen dos casos en que se da una situación de allegamiento, lo que implica que las abuelas, paterna y materna en un caso (a esta última se le pagó mientras cuidó a una guagua) y materna en otro, se hacen cargo de cuidar a los hijos mientras los padres trabajan; en el primer caso hay conflictos cruzados con las respectivas suegras porque interfieren en las decisiones de la pareja frente a la crianza. En el cuarto caso, la relación con la familia extensa casi llegó a conflicto judicial por la tuición de los hijos, se trata de una mujer separada que “arrancó” de su ex marido, violento y drogadicto, y para entrar a trabajar como empleada doméstica puertas adentro tuvo que dejar a sus tres hijos a cargo de un hermano, quién trató de quitarle la tuición de los niños. La gran mayoría está de acuerdo con la socialización sin distinción de sexo, para efectos prácticos, pero no para definir lo que es femenino y lo que es masculino, lo que se reduce a enseñarles a niños y niñas las tareas

domésticas, básicamente por una cuestión de sobrevivencia. “A niños y niñas se les debe enseñar las labores domésticas, pero no por equidad, sino que para “sacar de apuros”, pero ojo con colores, atuendos y juegos propios de cada sexo” (mujer). “La niñita es más conflictiva, el hijo más obediente... ella tiene que comportarse como mujercita” (hombre para-médico).

Existe en algunos la visión de que la sociedad es un riesgo para los niños. Hay temor al mundo exterior, a la probabilidad del abuso sexual hacia las niñas y al consumo de drogas. Por eso, “la mujer debiera llegar más temprano a la casa” (para-médico hombre). Frente a este tipo de riesgo, la mayoría de los hombres plantean que preferirían que sus esposas no trabajaran, lo que aseguraría una mayor protección y estabilidad del hogar, por ejemplo, evitando la deserción escolar y los embarazos adolescentes.

Otro elemento de tensión para los padres de este sector social tiene como origen las altas expectativas de consumo de los hijos adolescentes, quieren zapatillas de marca, juegos electrónicos, lo que ha llevado a los padres a endeudarse más allá de su capacidad de pago. “En los años de colegio yo le compraba muchas tonteras a mi hija, para que no se sintiera mal más que nada, es un cuento mío eso, como la tranca que yo crecí mucho en la pobreza, entonces yo le di todo lo que quería” (mujer). Las aspiraciones respecto de los hijos son evitarles las carencias materiales; varios aluden a adquirir una casa que puedan legarles como herencia, y que terminen de estudiar.

CONCLUSIONES

Nuestras interpretaciones preliminares se mueven en el campo de las representaciones y las prácticas sociales.

Nos preguntábamos por qué las representaciones sociales de las mujeres cobraban tales diferencias respecto de ciertas nociones. También nos formulamos la interrogante de por qué la familia igualitaria estaba tan bien representada, la democrática algo menos y en cambio pervivía en grados significativos la familia *conservadora y tradicional*. Mientras que la familia moderna comenzaba a diseñarse algo mejor que la tradicional y la liberal apenas aparecía. Al pedir a cada entrevistado que fundamentara su respuesta, encontramos, por un lado, que primaban las rupturas con respecto de las familias de origen en la

medida que las representaciones se alejaban del polo tradicional, conservador, autoritario y machista, acercándose al opuesto.

Sin embargo, al igual que en las respuestas dadas por las mujeres, para hombres y mujeres repartidos en todos los grupos sociales, *el carácter tradicional y conservador de la familia pervivía mientras el igualitario y democrático se instalaba.*

Adentrándose con mayor profundidad en los significados otorgados a estas nociones, entendimos que éstos no eran los mismos para todos. La tendencia a asociar las distintas nociones del polo moderno, en la clase alta estaba más vinculada a la individualización de cada miembro de la pareja, a un grado muy importante de valorización de la vida conyugal y a una forma de entender la parentalidad que indicaba que el niño y la niña no eran solamente hijos sino personas distintas a los padres. Merecedoras de afecto, cercanía y preocupación por una educación adecuada. Es el padre el que ingresa de manera plena al escenario, aunque en este grupo, mujeres instruidas y modernas, recuperen su papel materno tradicional. A la hora de comprender cómo llevan a cabo de manera práctica este conjunto de atributos, la separación entre el sujeto, la pareja y los hijos imponía que los cónyuges buscaran constantemente el equilibrio entre los intereses personales, la vida afectiva y la dedicación a los hijos. Al desdeñarse o descuidarse alguno de estos aspectos, se removía el conjunto.

El logro de la ecuación de equilibrio transita por dejar tiempo y lugar a la pareja, al individuo y por la presión ejercida por las mujeres para que los hombres se apropien y ejerzan tales manifestaciones de voluntad con respecto de sus hijos. Ellas tienden a dejar lugar al padre y menos para sí mismas. Ellos buscan un tiempo y un lugar que pueda hacer compatible su trabajo, sus habilidades y sus deseos con la dedicación a los hijos. *Las mañanas, al ir a la escuela o el jardín, los fines de semana, las reuniones escolares, los juegos y las actividades deportivas dan contenido al ejercicio de la nueva paternidad, mientras la maternidad sigue asociada a los aspectos más prácticos, rutinarios y de funcionamiento global de la esfera doméstica.* Resueltos gran parte de los asuntos domésticos por terceros, este aspecto es secundario en la negociación del lugar del padre y la madre en la familia. Lo que es más importante es el niño en sí. En la medida que las mujeres trabajen, que ambos diseñen sus proyectos personales, las funciones económicas del padre

han dado pie a la transformación de la paternidad incorporando ***la preocupación por el niño, con una dedicación variable a él.***

La concepción de la infancia enfrentada a mayores riesgos en la sociedad es el elemento que a nuestro modo de ver justifica, gatilla e instala los cambios que de algún modo atraviesa a todas las clases sociales, lo que daría cabida a la hipótesis de una ***nueva concepción de la infancia***, el principal aspecto que modifica a la familia, entendiéndose que en la clase alta, media superior y a veces en la clase media, esto implica la necesidad de separar la vida conyugal de la parental y, sobre todo, dejar lugar al individuo y su realización personal. Esto daría sentido al distanciamiento de las concepciones autoritarias y machistas —si las madres trabajan, los padres tienen que ocupar un lugar frente al niño— en distintos grados según grupo social.

Caben ciertas interrogantes con respecto de la sobre-valoración y la tensión que genera la inscripción del niño en la familia y la sociedad, en concreto con respecto a ambos padres, el sistema escolar y de cuidado y la red social de la infancia. La minuciosa elección que hacen los padres del colegio, cuando pueden hacerlo (clase alta), la angustia que genera, tanto el aprender a ser padres, como buscar un lugar al niño fuera de la familia, en el sistema educativo y para su cuidado, la presión que ejercen las mujeres para lograr la inclusión del padre, darían a entender que este es uno de los factores que más tensiona la vida familiar (lo que recobra mayor importancia en la clase media), en un contexto donde no hay confianza o hay temor por parte de los padres hacia el entorno ofrecido y disponible.

Es por ello que en la clase media suele recurrirse a los “*sistemas de seguridad basados en el parentesco*” y más concretamente en las abuelas maternas, ya que no es solamente una cuestión de dinero, sino una cuestión derivada de la desconfianza que provocan, ya sean las “*nanas*” o los sistemas de cuidado existentes y accequibles. De esta forma, el hecho que las familias sean nucleares *compete la residencia pero no las funciones*. Este es un elemento que a nuestro modo de ver *facilita la incorporación de las mujeres al trabajo, pero a la vez frena los cambios en la vida privada, debido a que la sustitución de la madre por la abuela, no vincula al padre ni al cambio en las relaciones de género, ni permite concretizar el discurso de la nueva paternidad* (independientemente de lo positivo que puede ser que los niños tengan varios referentes). Esta tendencia, no obstante, podría obedecer a dis-

tintas razones según clase social. Mientras en la clase media puede significar la negación de las mujeres a abandonar su papel tradicional, aun cuando trabajen, a cambio de la *preservación de un poder doméstico reforzado porque ahora trabajan*, en la clase baja más bien podría significar la *imposibilidad de dejar ese papel tradicional pues la diada mujer-hijos es lo que da sentido a la familia, de allí que la figura materna sea tan importante*, en un contexto donde la sociedad ofrece poco y los constreñimientos económicos son agudos en muchos casos.

Si este elemento –el niño sujeto o la nueva concepción de la infancia– es importante debido a la aparición de una nueva manera de entender la parentalidad, existe a nuestro modo de ver un elemento interno a la familia que frena la concreción práctica de la parentalidad co-construida por parte del padre y la madre. Muchas de las mujeres entrevistadas no dejan lugar al padre porque afirman, aunque trabajen, su identidad en la función maternal. No desean compartir y no dejan ingresar al padre puesto que ellas son quienes saben hacerlo. Si bien ellas son distintas a sus madres, quienes eran más sumisas, dominadas y a veces golpeadas (clase baja), ellas parecen descifrar la igualdad entre géneros abarcando el control completo del mundo doméstico y contribuyendo de esta forma a ahorrarle al padre sus nuevas funciones declarativas.

Sin embargo, esto podría ser interpretado de una forma completamente diferente. La hipótesis de que las mujeres chilenas de clase media y baja intentan restituir el lugar al padre en la familia y la sociedad en un contexto en que la función económica y de autoridad aparece debilitada, es bastante plausible. Es posible interpretar el que estas mujeres insistan en conservar el rasgo tradicional masculino bajo una doble lectura: afirmar una figura masculina tradicional impidiendo la flexibilización de roles en la pareja o sosteniendo patrones de masculinidad frente a la sociedad que muestren que *sus hombres no están completamente derrotados*.

El juego de la partitura de la reproducción de los rasgos conservadores y tradicionales de la familia –y del lugar de cada género en ella– no puede ser realizado con un solo instrumento.

Dado que las mujeres trabajan, se requiere a la abuela materna que es quién finalmente hace posible, a través de la sustitución de la madre que trabaja, que todo permanezca relativamente igual.

Derivado de ello, es también posible intuir al tenor de los relatos sobre la maternidad, que estos niños sobre-expuestos al cuidado de dos madres no estarán provistos de herramientas para vivir en el mundo más responsablemente y menos sobreprotegidos, dada la gravitación que alcanza su “regaloneo”, consistente en darles todo lo que piden y de no inculcarles responsabilidades. Esto podría hacerse extensivo a la figura de la “nana”, que juega un lugar central como sustituta de la madre en la clase media y alta.

No queremos con ello dejar la idea de que los padres están demasiado deseosos y dispuestos a tomar el relevo de las madres o a acompañarlas en la tarea de ser padres co-responsables de sus hijos. Muy por el contrario. Lo que aseguraban Salazar y Pinto (2002) con respecto de la “liberación doméstica” de las mujeres de clase media de las generaciones mayores, en esta generación pasa a ser una abstracción por varios motivos: porque la concepción de la infancia ha cambiado, porque la infancia está inscrita en una sociedad de mayores riesgos, porque el “malestar privado” expresa las dificultades de llevar a cabo una vida satisfactoria, considerando que la familia (en algún grado de clase media y en la clase baja) se encuentra relativamente deprivada de servicios para alivianar el cuidado infantil, y sobre-exigida por el pago de estos servicios, porque ante exigencias crecientes, los padres no siempre tienen la disposición para encarar la mayor paridad en el reparto de las responsabilidades domésticas que la situación amerita (necesidad de co-provisión de los hogares).

Es por ello que, como expresión de estos fenómenos que ahogan a la familia desde afuera y no le permiten cambiar desde dentro, aparecen las madres angustiadas, sobre-exigidas, agotadas, cansadas y culpables de no ser “buenas madres” al hacer el intento por compatibilizar, trabajo, maternidad, hogar, pareja, tiempo para ellas, que se acompaña por un buen grado de desconfianza del sistema de cuidado infantil institucional (guarderías, jardines, colegio), y tradicional (“nanas”). De estos síntomas sufren, más que nadie, las mujeres de clase media –algunas con gran temor de exponerse al abandono del poder doméstico– ya que los padres populares tienen, en nuestros casos, más tiempo para relevarlas cuando ellas trabajan en un contexto donde el ingreso que reportan es necesario (y muchas veces mayor que el ingreso masculino) para la sobrevivencia de la familia.

Las tareas domésticas adquieren en muchos casos el carácter de campo de disputa en la pareja y esto cobra mayor importancia en la clase media. Es

importante subrayar que, en ningún caso se encontró, de parte de los padres, disposición a aprender el manejo del mundo doméstico, mientras las mujeres tuvieron que aprender a conocer los códigos de la vida pública. Cuando más, realizan los asuntos domésticos a través de la imitación de sus abuelas, madres y esposas, pero no parecen dispuestos a ser instruidos en este campo. La pugna doméstica por cómo se hacen las cosas y en qué tiempos, cobra importancia en las disputas conyugales.

Por otra parte, no hay que desestimar el hecho que el padre no es únicamente producto de la familia y las relaciones de género que ahí se establecen, sino producto de la sociedad. En este aspecto, es importante detener la mirada en cómo el mundo laboral contribuye a producir un padre ausente.

Coherentemente con estas tendencias, no parece desacertado afirmar que el cambio en los discursos que rodean la reinversión de la vida privada y el ingrediente igualitario y democrático que se introduce, atendiendo a los cambios intergeneracionales que manifiestan haber vivido nuestros entrevistados, se ve frenado por un cierto temor y falta de disposición a dejar atrás lo conocido.

La tan significativa valoración de la familia pudiera estar vinculada a una cierta desconfianza en la sociedad, pero la gravitante significación de la madre parece dar el verdadero contenido a la alta valoración de la familia. Entre las mujeres hay quienes no sólo conservan los discursos maternos, sino los ponen en acción con mayor fuerza que sus madres constreñidas por la autoridad masculina y víctimas de la dominación de sus esposos, a través de las pautas de crianza y su omnipresencia en el campo doméstico. Mientras se mantenga esta reserva “femenina” y las mujeres no descubran nuevos modos de afirmación identitaria, es difícil imaginar mayores cambios. Probablemente, ahí hay una pista interesante para explicar el por qué las mujeres participan tan poco en el mercado de trabajo, sobre todo en los estratos de más bajos ingresos y niveles educacionales, y por qué ciertos rasgos encontrados en los comportamientos y las actitudes de las mujeres chilenas frente al cambio hacia fines de los sesenta todavía se mantienen.

Es igualmente difícil que esto se modifique cuando se reitera en la arena pública que hay que flexibilizar el trabajo femenino (y no el masculino) para que las mujeres sigan desempeñando su papel de “buenas madres”, y cuando los marcos institucionales y legales entienden que el sistema de cuidado infantil es un dispositivo para

alivianar a las madres ahorrando responsabilidades al padre. Esto contribuye a la reproducción de los patrones tradicionales y a mantener atadas a las mujeres en roles de género prescritos, sin dejar lugar a su afirmación personal.

En términos de los gatilladores de los cambios, encontramos varios elementos, además de los que se generan por las nuevas concepciones de la infancia y de los procesos de individualización y la mayor incorporación de la mujer al trabajo. Uno incluye la *herencia de patrones igualitarios* de los padres que ya habían roto con la familia convencional (clase alta y media). Otro tiene que ver con las *experiencias multiculturales* (clase alta y media). Mientras más las personas vivan experiencias distintas, más porosidad hay para que incorporen formas de vida diferentes. Para buena parte de la clase media, *la más aventurera –y probablemente la más agotada– en este viaje de búsquedas*, y de la clase baja –la más constreñida por factores económicos y culturales– el trabajo femenino es un gatillador de cambios, aunque no es suficiente para dar curso a la afirmación del sujeto femenino, una satisfactoria co-construcción de la pareja y de nuevas formas de la parentalidad (que implica cambios en lo que se entiende por maternidad y paternidad), mientras la definición de la identidad femenina esté marcada exclusivamente por la maternidad.

Aun cuando el trabajo signifique una mayor compulsión en el uso del tiempo para las mujeres, las formas de vida más gratificantes y deseables se dan en los casos en que *este elemento se suma y no se resta* y cuando el resto de los campos está relativamente cubierto y equilibrado. Esto ocurría en los casos en que había mayor capital económico y cultural en parejas de clase alta y media. El conformismo con lo que se tiene y se puede gozar en la clase baja, una mayor flexibilidad en los roles de género por la significación que para la sobrevivencia aporta el ingreso femenino, aparte de mantener la centralidad de la madre, tiende a dejar, sin embargo, fuera a la pareja.

Finalmente, y para retomar el título de este texto, esta “reinversión” de la familia está cruzada por la tradición selectiva que asume distintas gramáticas y cursos de acción, según se trate de una u otra clase social o de distintas formas de encarar la vida en común en una misma clase, no obstante la dimensión “clase” social sea todavía muy gruesa y esconda otra dimensión, también significativa, que atañe a la experiencia y la trayectoria de vida, pero sobre todo, el capital simbólico y cultural vinculado a esa experiencia.

Las concepciones y el modo de construir la familia, por un lado cambian, diseñando mejor al individuo y permitiéndole afirmarse como sujeto en situaciones de alto capital económico y cultural. Pero por otro lado y en el polo opuesto, la figura de la madre, que ahora trabaja, pero que continúa articulando distintas dimensiones de la vida familiar, sin abandonar su papel tradicional, insoslayablemente materno, podría estar impidiendo o frenando cambios en la familia y en la redefinición del lugar de hombres y mujeres en ella. La reinversión de la familia al tenor de los cambios en la sociedad, marcados, o por la necesidad o por la voluntad de que las mujeres trabajen, está tensionada por las resistencias al interior de la propia familia, así como por las presiones que se ejercen desde el mundo del trabajo y las limitaciones del sistema escolar y de cuidado infantil.

En este marco, la infancia parece tomar la delantera en el rediseño de la paternidad, brindando un nuevo lugar al padre, que lo ocupa cuando puede, pero que lo ocupa donde elige y cuando quiere. En este aspecto, aun cuando la conciencia de la importancia del padre sea transversal a todas las clases sociales y sea uno de los argumentos para definir a la familia como democrática y moderna, la conciencia parece anteceder nuevos cursos de acción que den contenido y otorguen concreción a las concepciones de parentalidad que se instalan en las representaciones sociales y a través de los discursos. El igualitarismo familiar es otro de los aspectos que, con distintas gramáticas, es transversal a todas las clases sociales. De hecho, el trabajo femenino se incorpora de manera extensiva, pero también coexiste con la nostalgia por la mujer en la casa (clase baja y también media) o por la vuelta de la mujer a la casa (clase alta). Estos son factores que podrían contribuir a explicar el hecho que coexistan distintos patrones de familia más o menos tradicionales y conservadores, más o menos modernos y liberales, pero pocas veces completamente liberales, los unos caracterizados por la reproducción de los patrones de la generación mayor, mientras los otros han establecido rupturas significativas a partir del quiebre de modelos heredados.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Beck-Gernsheim, Elizabeth (2003) *La reinención de la familia. En búsqueda de nuevas formas de convivencia*. Barcelona, España. Paidós.
- Beck, Ulrich (1998) *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona, España. Paidós. P. 132.
- Bourdieu, Pierre (1999) *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona, España. Anagrama.
- Castel, Robert (1995) *Les métamorphoses de la question sociale. Une chronique du salariat*. Paris, Francia. Fayard.
- Castells, Manuel (2000) *La era de la información. El poder de la identidad*. Vol. II, México, Siglo XXI.
- Castelain-Meunier, Christine (2002) *La place du père et la métamorphose de la famille*. Paris, Francia. PUF.
- Comaille, Jacques y Claude Martin (1998) *Les enjeux politiques de la Famille*. Paris, Francia. Editions Bayard.
- Delumeau, Jean y Daniel Roche (comp.) (2000) *Histoire des Pères et de la Paternité*. Paris, Francia. Larousse.
- De Singly, François (1996) *Le soi, le couple et la famille*. Paris, Francia. Nathan.
- _____ (2000) *Libres ensemble. L'individualisme dans la vie commune*. Paris, Francia. Nathan.
- _____ (2003) *Les uns avec les autres. Quand l'individualisme crée du lien*. Paris, Francia. Armand Colin.
- Dortier, Jean François (2002) *La famille aujourd'hui: bouleversements et recomposition en Familles. Permanence et métamorphoses*. Paris, Francia. Sciences Humaines Editions.
- Durkheim, E. (1892) "La famille conyugale". *Revue philosophique*, 90, 1921, pp. 9-14.
- Giddens, Anthony (1995) *La transformación de la intimidad*. Madrid, España. Cátedra.
- Goody, Jack (2001) *La familia europea*. Barcelona, España. Crítica.
- Gubbins, Verónica et al. (2003) "Familia: innovaciones y desafíos". En: Eugenio Tironi et al. *Cuánto y cómo cambiamos los chilenos: Balance de una década. Censos 1992-2002*. Cuadernos Bicentenario. Santiago, Chile.
- Grau, Olga et al. (1997) *Discurso, género y poder*. Santiago, Chile. La Morada, Arcis, LOM.
- INE/SERNAM (2004) *Mujeres chilenas. Tendencias de la última década. Censos 1992-2002*, Santiago, Chile.
- Infante, Ricardo (2004) "Chile. Trabajo decente y calidad de vida familiar. 2000". Ponencia Seminario familia y trabajo. Vicaría Pastoral de la Familia, CUT. Santiago, Chile.
- Martínez, Javier y Margarita Palacios (2001) *Liberalismo y conservadurismo en Chile*. Análisis sobre las opiniones y actitudes de las mujeres chilenas al fin del siglo XX. Santiago, Chile. Grupo de Iniciativa Mujeres, GIM.
- Mattelart, Armand y Michele (1968) *La mujer chilena en una nueva sociedad*. Santiago, Chile. Editorial del Pacífico.
- Perrot, Michelle (1988) *Histoire du privé*. Entrevista de F. Collin en ocasión de la aparición del tomo IV de la Historia de la Vida Privada, Seuil. En: *Le genre de l'Histoire. Les Cahiers du Grif*, N° 37/38. Paris, Francia.
- Palacios, Margarita (2003) *Exposición de resultados de grupos de discusión al equipo*, inédito Informe Proyecto FONDECYT en curso.
- PNUD (2002) *Desarrollo Humano en Chile: Nosotros los chilenos: un desafío cultural*. Santiago, Chile.
- Robles, Fernando (web sin fecha) "Individualización e individuación, exclusión/exclusión y construcción de identidad en la periferia moderna. Lineamientos preparatorios para una sociología de la exclusión".

- Roseblatt, Karin (2000) *Gendered Compromises. Political Cultures & the State in Chile, 1920-1950*. USA. The University of North Carolina Press.
- Roudinesco, Elizabeth (2002) *La familia en desorden*. Buenos Aires, Argentina. FCE.
- Roussel, Louis (1999) *La famille incertaine*. Paris, Francia. Editions Emile Jacob.
- Salazar, Gabriel y Julio Pinto (2002) *Historia contemporánea de Chile IV. Hombres y feminidad*. Santiago, Chile. LOM Historia.
- Tocqueville, A. de (1940) *Democracy in America*. Vol II. USA
- Touraine, Alain (1996) *¿Podremos vivir juntos? La discusión pendiente: El Destino del Hombre en la Aldea Global*. Buenos Aires, Argentina. Fondo de Cultura Económica.
- Varikas, Eleni (1989) *Trop archaïques où trop modernes? Les citadines grecques face à l'occidentalisation en Les femmes et la modernité*. *Peuples méditerranéens* 44-45. Paris, Francia.
- Veloso, Paulina (1998) *Una realidad en cambio en A partir de Beijing: la familia chilena del 2000*. Santiago, Francia. Las Ediciones de Chile 21.